3 1761 09546538 1

Digitized by the Internet Archive
in 2014

http://archive.org/details/mariuchacomediae00prez

MARIUCHA

Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley. Serán furtivos los ejemplares que no lleven el sello del autor.

P4387ma

B. PÉREZ GALDÓS

MARIUCHA

COMEDIA EN CINCO ACTOS

Estrenada en el Teatro Eldorado de Barcelona
el 16 de Julio de 1903

7.000

243206
16. 4. 30

MADRID
LIBRERÍA DE LOS SUCESORES DE HERNANDO
Calle del Arenal, núm. 11.
1921

EST. TIP. DE LOS HIJOS DE TELLO

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

C. de San Francisco, 4.

PERSONAJES

María.....	**Sra. Guerrero.**
Filomena, Marquesa de Alto-Rey.....	Srta. Cancio.
Vicenta Pulido, alcaldesa..	Srta. Villar.
Teodolinda, viuda americana, millonaria.....	**Sra. Martínez.**
Cirila, criada.....	Sra. Bueno.
Menga, jovenzuela, vendedora en la plaza.....	Srta. Blanco.
Señora de González.....	Sra. Segura.
Señorita.....	Srta. Torres.
Idem.....	Srta. Villar (D.)
León.....	**Sr. Díaz de Mendoza (D. F.)**
D. Pedro de Guzmán, Marqués de Alto-Rey y de San Esteban de Gormaz.....	**Sr. Medrano.**
Cesáreo, su hijo.....	**Sr. Díaz de Mendoza (D. M.)**
Don Rafael, cura párroco..	Sr. Cirera.
Corral, plebeyo enriquecido.....	**Sr. Guerrero.**
El Alcalde de Agramante..	Sr. Juste.
El Pocho, mayoral y alquilador de coches.....	Sr. Urquijo.
Bravo, juez municipal.....	Sr. Soriano Viozca.
Roldán, contratista.....	Sr. Manrique Gil.

Villa de Agramante 1903.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie sin su permiso podrá traducirla, ni reimprimirla, en España, ni en ninguno de los países con los cuales se haya celebrado ó se celebren tratados internacionales de propiedad literaria.

Los Comisionados de la Sociedad de Autores Españoles son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación, como también del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO PRIMERO

Sala en el palacio de Alto-Rey. El soberbio artesonado es el único vestigio de la antigua magnificencia. Las paredes desnudas; el mueblaje moderno, poco elegante; algunas piezas, ordinarias. Puerta al *fondo* y á la *derecha*. A la *izquierda*, ventana ó balcón. Cerca de éste una mesa de escribir. A la *derecha*, sillón de respeto, sillas. Es de día.

ESCENA PRIMERA

CIRILA, arreglando y limpiando los muebles; CORRAL, EL POCHO, que entran por el *fondo*. Corral viste con afectación y mal gusto, ostentando brillantes gordos en la pechera, cadena de reloj muy llamativa y sortijas con piedras de valor.

POCHO

¿Dan su permiso?

CIRILA

Adelante.

CORRAL

¿No han vuelto de misa los señores?

CIRILA

No tardarán. (Displicente.) ¡Vaya, otra vez aquí estos moscones!

POCHO

Otra vez, y cien más, hasta que...

CORRAL

Perdone la señora Cirila, yo no vengo á cobrar.

CIRILA

Viene á fisgonear, que es peor, y á meter sus narices en las interioridades de la casa...

CORRAL

Ea, no despotrique, señora.

CIRILA

(Aparte.) ¡Farsante!

POCHO

Yo no hago papeles. Vengo por el aquél de mi propio derecho. (Saca un papel y lo muestra.) El Sr. D. Pedro de Guzmán, Marqués de Alto-Rey y de San Esteban de Gormaz, es en deber á Francisco Muela, apodado *El Pocho*, la cantidad de...

CIRILA

Basta.

POCHO

Por cuatro servicios de coche...

CIRILA

¡Agobiar al señor por tal porquería!...

CORRAL

Ya cobrarás, Pocho. (Dando largas.) Ten paciencia...

POCHO

¡Paciencia!... que es como decir hambre.

CIRILA

(Incomodada, señalándoles la puerta.) Hagan el favor... Tengo que hacer...

POCHO

Yo espero al señor.

CORRAL

Dos preguntas no más, señora Cirila, y perdone. Aún no hace un mes que estos señores Marqueses vinieron acá de Madrid

huyendo de la quema. ¿Es cierto que se encuentran ya en situación tan precaria que...?

CIRILA

Para nadie es un secreto que los que ayer fueron poderosos hoy no lo son.

CORRAL

Sí: ya saben hasta los perros de la calle que la casa de Alto-Rey es casa concluída. Hace más de veinte años que viene cayendo, cayendo, y por fin... (Con afectada pena.) ¡Las volteretas que da este mundo loco!... En la villa se dice que los señores Marqueses han llegado á carecer hasta de lo más preciso para la manutención.

POCHO

Y que se ven y se desean para poner un puchero.

CIRILA

¡Eh... habladurías!

CORRAL

(Queriendo internarse por la derecha.) Déjeme, déjeme ir á la cocina á ver qué es lo que guisan...

CIRILA

(Deteniéndole.) Alto ahí... ¡Qué desvergüenza!

POCHO

¡Si ni tan siquiera tendrán lumbre!

CORRAL

Hay que ver...

POCHO

(Por Cirila.) ¡Cómo les tapa la miseria! Esta no les abandona en la desgracia.

CORRAL

Eso es nobleza.

CIRILA

Gratitud. Les quiero...

CORRAL

Particularmente á la señorita María.

CIRILA

¡Mi niña del alma! Yo la crié; la he servido desde que vino al mundo. Más que cariño, por ella tengo adoración.

POCHO

Y qué re-bonita, y qué re-maja, y qué re-salerosa es la niña, ¡Cristo con ella! No le faltará un ricacho que la saque de pobre. Anímese, don Faustino... Usted rico, usted el más elegante caballero de nuestra villa... ¡Qué mejor proporción...!

CORRAL

(Pavoneándose.) Verdaderamente, no es uno saco de paja... De menos nos hizo Dios.

POCHO

Pues si yo fuera don Faustino del Corral, cualquiera me quitaba á mí esa niña, ¡Cristo con todos! Si tuviera yo esos diamantes en la pechera, esa cadena de reloj y esos anillos refulgentes, y lo que hay en casa, ¡Cristo conmigo! los dinerales que diz que tenemos en el Banco, ¿eh?... aguardando colocación...

CORRAL

No es tanto, Pocho. Algo se ha trabajado y no falta para unas sopas. (A Cirila.) Ahora, la última pregunta si usted no se incomoda.

CIRILA

Diga.

CORRAL

¿Es cierto que el propietario de este palaciote de Alto-Rey lo cede gratuitamente á los señores Marqueses?

CIRILA

Así lo entiendo.

POCHO

¡Y luego dicen...! ¡Vaya, que estos nobles tronados siempre caen de pie! Vendió el Marqués este caserón hace diez años por un pedazo de pan...

CORRAL

¿Hase visto mayor locura? Si hubiera estado yo en Agramante, no se me escapa esa ganguita... Compró la casa el sastre Diego López, que ha sacado ya triple del coste con el producto de las estancias bajas y altas que tiene alquiladas. Y ahora, el hombre puede permitirse un rasgo: cede al Marqués las habitaciones mejores...

CIRILA

(Que ha mirado por el fondo.) Los señores vienen.

CORRAL

(Aparte al Pocho.) Ten comedimiento, Pocho. Hazte cargo de la pobreza...

POCHO

¿Pues y la mía? ¡Cristo con...! (Corral le manda callar. Se apartan á la izquierda.)

ESCENA II

Los mismos; DON PEDRO, cabizbajo: detiénese en la puerta como esperando á alguien. Conserva en su miseria la nobleza de la figura. El traje, aunque revelando bastante uso, es de corte y telas elegantes. Acude Cirila á recogerle el abrigo y sombrero.

CIRILA

¿Y la señora Marquesa?

DON PEDRO

Detrás viene con María y el señor Cura. (Entra despacio, abstraído.) ¿Qué... hay visitas?

CORRAL

(Oficioso.) Señor Marqués, ¿cómo va ese valor?

DON PEDRO

Tirando, amigo, tirando... (Sobresaltado, al ver al Pocho.) ¡Otra vez este maldito Pocho!

CIRILA

¡Desdichado señor!... ¡A lo que ha llegado! (Vase por la derecha.)

POCHO

Vuecencia me dijo que hoy...

DON PEDRO

(Con arrebato de cólera, bastón en mano.) Dije á usted que le avisaría...

POCHO

Perdone vuecencia... pero...

DON PEDRO

Es mucho molestar... ¡Es grande importinencia...!

POCHO

Necesidad, señor Soy un pobre.

CORRAL

Paciencia, Pocho. Puedes volver...

DON PEDRO

Cuando se le avise... Espere... (Se sienta en el sillón.)

POCHO

(Con entereza.) Podré alimentarme de tronchos de berza, de cortezas de chopo; pero no de las buenas palabras de vuecencia. Págueme, ó de aquí me voy al Juzgado municipal...

CORRAL

¡Pocho...!

DON PEDRO

(Variando de tono ante la amenaza.) ¡Qué injusta desconfianza!... Pocho, venga usted aquí. (Llamándole, cariñoso.) Mi buen amigo... (Le toma la mano.) ¿Cómo puede dudar...?

POCHO

No es duda, es pobreza.

DON PEDRO

(Dolorido, con afectada mansedumbre.) Vaya, vaya, sosiéguese el buen Pocho. (Dándole pal-

malditas en la mano.) Y no dude que, con el pago, tendrá una buena gratificación... Es muy justo. (Entran por el fondo Filomena y don Rafael.)

POCHO

Yo cedo á vuecencia la propina si hoy mismo...

DON RAFAEL

¡Pocho...! (Con un castañeteo de lengua como el que se usa para echar á los perros, le despide señalándole la puerta.)

POCHO

Ya, ya... (Por D. Pedro.) ¡Cristo con él, con su madre y con toda su casta! (Vase rápidamente.)

ESCENA III

DON PEDRO, CORRAL, FILOMENA, DON RAFAEL. La Marquesa de Alto-Rey revela menos que el Marqués, en su traza y vestimenta, la decadencia social. Viste traje negro elegante; mantilla.

DON PEDRO

(Inquieto.) ¿Y María?

DON RAFAEL

En la plaza quedó con las de González.

FILOMENA

Entretenidita, viendo esos tipos de los pueblos, los pintorescos trajes, la animación del mercado...

CORRAL

(Saludándola.) Señora Marquesa, tengo el honor...

FILOMENA

Señor de Corral, mucho gusto... (Se quita la mantilla.)

DON PEDRO

(Afectuoso, cogiéndole la mano.) Querido Corral, sea usted indulgente con mi desgracia, la cual no sólo me aflige á mí, sino á los amigos que vienen á verme, pues poco grato ha de serles oir mis lamentos, y ver espectáculos como estas embestidas del Pocho...

CORRAL

No se hable más de eso.

DON RAFAEL

Y sobre todo, no se exaspere, Marqués... Tómelo con calma... Ya vendrán días mejores...

DON PEDRO

Yo confío en que el Gobierno...

FILOMENA

Por la Virgen, no me hables de Gobiernos...

DON PEDRO

En la Providencia, sí: á eso voy. Quiero decir que Dios inspirará al Gobierno para que...

DON RAFAEL

(Aprobando.) ¡Mucho!

DON PEDRO

También espero auxilio de las personas de nuestra clase. Imposible que permanezcan indiferentes...

FILOMENA

Bien podrán ser nuestros iguales ó el Gobierno instrumentos de que Dios se valga para salvarnos. Pero en Dios está toda mi esperanza.

DON RAFAEL

Sí, sí: Dios...

DON PEDRO

(Muy nervioso se levanta y se pasea por la escena.) ¿Pero á qué espera?

FILOMENA

Paciencia, Pedro. Para mirar por nosotros, allá quedó nuestro hijo Cesáreo...

DON PEDRO

(Exasperado.) ¿Pero qué hace en Madrid Cesáreo, pregunto yo, si no revuelve el mundo por sacarnos de este pantano?

CORRAL

(Recordando.) Tengo el gusto de anunciar á los señores Marqueses que su hijo D. Cesáreo llegará hoy.

DON PEDRO

(Gozoso.) ¡Mi hijo... aquí!

FILOMENA

(Gozosa.) ¡Cesáreo! ¿Cómo lo sabe usted?

CORRAL

Por un telegrama que recibió esta mañana el Alcalde.

DON PEDRO

Me sorprende mucho.

FILOMENA

A mí no, sabiendo que está aquí Teodolinda.

DON PEDRO

La ricachona americana, la super-mujer, poseedora, según dicen, de un capital de diez millones de pesos... No creo en cuentos de hadas; no creo que existan diez millones de duros, ni que una viuda los posea.

DON RAFAEL

¿Ni creerá usted que le ha dado la ventolera de adquirir las propiedades más valiosas de la provincia?

DON PEDRO

(Escéptico.) Tampoco... Ni creo que con esa señora, con ese mito, tenga relación el viaje de Cesáreo.

CORRAL

Que en Madrid fueron novios ó cosa tal, se ha dicho en Agramante.

FILOMENA

Es cierto: en Madrid, el invierno último.

DON PEDRO

Pero aquello pasó... pura *flirtation*, galanteo fugaz...

FILOMENA

¡Ah!... no sabemos...

DON PEDRO

(Malhumorado.) Digo que terminó.

FILOMENA

Muy pronto lo afirmas.

DON RAFAEL

(Con cierto misterio.) Yo puedo asegurar que ayer, hablando con Teodolinda...

DON PEDRO

(Con súbito interés.) ¿Qué...?

FILOMENA

(Lo mismo.) ¿Qué...?

DON RAFAEL

Pues hablando ayer con ese Potosí en figura humana... fué á entregarme una cantidad, y no floja, para los pobres...

DON PEDRO

¿Y qué dijo?

DON RAFAEL

No sé cómo ni por qué nombramos á los señores Marqueses de Alto-Rey... Se habló de...

CORRAL

Estaba yo presente. Se habló del desastre de esta noble familia...

DON RAFAEL

Hizo grandes elogios de Cesáreo, de su inteligencia, de su gallardía...

CORRAL

Y al fin dijo que no pensaba volver á casarse.

DON RAFAEL

(Con viveza y enojo.) No: no dijo eso, Corral.

CORRAL

Don Rafael, mire que estoy bien seguro...

DON RAFAEL

(Con energía.) No dijo eso, sino todo lo contrario. Y yo me permití aconsejarle... vamos, le indiqué... cuán conveniente le será un sostén... un compañero de la vida que le ayude á llevar la carga de tan desmedidas riquezas.

DON PEDRO

(Excitadísimo.) Mi querido Corral, usted, que es la gaceta de Agramante, hágame el favor de enterarse del telegrama recibido por el Alcalde... si es verdad que viene Cesáreo...

FILOMENA

Y á qué hora...

CORRAL

Voy al punto.

DON PEDRO

Infórmese también de si esa señora...

CORRAL

Ya saben que alquiló la finca de Lugones, con magnífico parque...

DON RAFAEL

Y esta noche da una fiesta... al aire libre.

CORRAL

Lo que llamamos *garden party*, ó *garden* no sé qué, con baile, *buffet*, farolitos...

FILOMENA

Querido Corral, no se entretenga...

CORRAL

Vuelvo. (Vase presuroso.)

ESCENA IV

DON PEDRO, FILOMENA, DON RAFAEL; después CIRILA.

FILOMENA

¡Qué paso lleva el oficioso señor!

DON PEDRO

Muestrario de pedrería falsa...

DON RAFAEL

Falsa, no: todo lo que lleva al exterior es de ley. El corazón sí que es falso, y la voluntad puro vidrio.

DON PEDRO

¿Tiene dinero este hombre?

DON RAFAEL

Don Faustino del Corral, ó de los Corrales, no se dejará ahorcar por un milloncejo de pesetas.

FILOMENA

¡Jesús me valga!

DON PEDRO

Hará préstamos en condiciones ventajosas.

DON RAFAEL

Suele dar dinero al tres por ciento mensual, con garantía hipotecaria.

DON PEDRO

Y *á retro* quizás. El hombre no quiere arriesgarse.

FILOMENA

¿Y á los pobres no da?

DON RAFAEL

¡Oh! sí: en la suscripción para la *Casa de Misericordia* figura con una suma mensual.

FILOMENA

Será considerable.

DON RAFAEL

Noventa céntimos.

CIRILA

(Entrando por el fondo con cartas y periódicos.) El correo. (Dirígese á la mesa de la izquierda, á la que va también don Pedro.)

FILOMENA

(A la derecha, con don Rafael.) La sordidez, ave rastrera, hace casi siempre sus nidos en las arcas más llenas de caudales.

DON RAFAEL

Así como la caridad, ave del Cielo, suele acomodarse en las arcas vacías. ¡Triste humanidad!

FILOMENA

Por eso yo, en mis angustias actuales, me acuerdo de los que aún son más pobres que yo...

DON RAFAEL

(Elogiando.) ¡Mucho, mucho!

DON PEDRO

(A Cirila.) Aguárdate, que algo hay que llevar al correo. (En voz alta, mirando el sobre de una carta.) Filomena, carta de tu madre. (La da á Cirila, que la lleva á su señora.)

FILOMENA

¿Han escrito los niños?

DON PEDRO

No; pero me escribe el Rector que están buenos y contentísimos... Perico muy aplicado, Ricardillo un poco travieso...

FILOMENA

Pero buenos y sanos, que es lo que importa. (Abre la carta de su madre.)

DON PEDRO

(A Cirila, quitándole una de las cartas que le ha dado.) ¡Qué cabeza! Esta, para Cesáreo, no va... Aguarda, voy á concluir ésta.

FILOMENA

(Aparte á don Rafael, gozosa, después de leer la carta.) Para que se vea si tengo razón en poner toda mi confianza en el auxilio celestial. Mi pobre madre, que hoy sufre también penuria, aunque no tanta como yo, me manda por segunda vez una corta cantidad.

DON RAFAEL

¿También por conducto mío?

FILOMENA

Sí: usted recibirá el libramiento.

DON RAFAEL

Pues mañana mismo...

FILOMENA

No: no me lo traiga usted. Eso que Dios me envía, en su culto y en obras de piedad quiero emplearlo.

DON RAFAEL

Fíjese usted, amiga mía, en sus necesidades. (Siguen hablando en voz baja.)

DON PEDRO

(Cerrada la carta que ha escrito, la da á Cirila.) Oye: si viene esa señora á invitarnos...

CIRILA

¿Qué señora?

DON PEDRO

La super-mujer. ¿Podremos obsequiarla con un té? Dime, ¿queda algo de aquel Porto riquísimo que trajimos de Madrid?

CIRILA

Señor, lo poco que queda resérvelo... (Sigue diciéndole que la despensa está poco menos que vacía.)

FILOMENA

(Aparte á don Rafael.) Dios cuida de nosotros. ¿Por qué conducto? Por éste, por otros que no podemos presumir. Entre tanto, reúna usted lo que ahora manda Dios con lo que antes vino, y el total divídalo en tres par-

tes: la una sea para sufragios por el alma de mi padre, por la de los hermanos míos y de mi esposo. La otra, la distribuye usted entre los pobres. Con la última parte quiero ofrecer á la Santísima Virgen del Rosario un manto nuevo. (Concluye don Pedro de hablar con Cirila y ésta se va.)

DON RAFAEL

Ya podrá pasarse por este año con el viejo. Nuestra Señora es modesta: no se paga de ostentaciones...

FILOMENA

Don Rafael, es mi gusto; es un anhelo ferviente.

DON RAFAEL

Bueno, bueno. No hablemos más. (Don Pedro, en pie junto á la mesa, reconoce papeles con febril inquietud, irascible.)

DON PEDRO

Filomena, ¿dónde diablos me habéis puesto...?

FILOMENA

(Acudiendo á su lado.) ¿Qué, hijo?

DON PEDRO

Es María la que sabe... (Llamando.) ¡María, Mariucha!

FILOMENA

(Mirando por el balcón.) ¡Esa hija...! En la plaza no la veo.

DON PEDRO

Pues que la busquen, que la traigan.

DON RAFAEL

(Asomándose por el fondo.) ¡Si está aquí, en el patio! Habla con las vecinas que llenan sus cántaros en la fuente... Hace fiestas á los chiquillos. (La llama por señas.) Es la bondad misma.

FILOMENA

(Con profunda tristeza.) ¡Pobre ángel caído en este pozo!

ESCENA V

Los mismos; MARÍA por el fondo. Viste con sencilla elegancia, sin que en su atavío se conozca la pobreza de la familia.

MARÍA

(Serena, risueña.) Aquí estoy.

DON PEDRO

Pero, hija de mi alma, ¿qué hacías?

MARÍA

Me entretuve viendo y examinando nuestra vecindad. En el segundo patio he visto unas familias pobres muy simpáticas, unos chiquillos saladísimos. He hablado con cuantas mujeres ví, preguntándoles de qué viven, cómo viven, qué comen... Y sus nombres, edad, familia, todito les pregunté... Tengo ese defecto: soy una fisgona insufrible...

FILOMENA

Eres una chiquilla.

MARÍA

Pues en este patio primero tenemos vecinos de mucha importancia. A esta parte,

al extremo de la galería de cristales por donde salimos al patio, tenemos de vecino á un carbonero.

DON RAFAEL

Almacén de carbones, sí. El dueño es un hombre excelente, muy trabajador... Le conozco...

MARÍA

¡Por cierto que pasé un susto...! Como me da por verlo todo, me planté en la puerta mirando aquella caverna tenebrosa. De pronto, salió de lo más hondo un hombre horrible, la cara negra, tiznada; los ojos, como ascuas, relucían sobre la tez manchada de carbón... Después me eché á reir. El hombre me dijo: "Señorita, ¿en qué puedo servirle?„ Y yo...

FILOMENA

(Interrumpiéndola.) ¡Vaya que ponerte á hablar con un bruto semejante!

MARÍA

¡Si es un hombre finísimo; si me quedé asombrada de oirle!

DON RAFAEL

¡Mucho, mucho! Ya les contaré algo de ese y otros vecinos.

MARÍA

Todos me han parecido la mejor gente del mundo, incluso el negro. ¿Y qué me dices, papá, del espectáculo de esa plaza, hoy día de mercado? Tú no lo has visto; tú, mamá, tampoco.

FILOMENA

Ya nos fijamos al pasar...

MARÍA

Os aseguro que nunca ví cosa que más me divirtiera. ¡Esos pobres campesinos que vienen de tan lejos con el fruto de su trabajo!... Venden lo que les sobra, compran lo que necesitan. Abrumados llegan, abrumados parten, con el peso de la vida que va y viene, sube y baja... Unos traen grano, otros panes, otros hortalizas, cochinitos chicos tan monos... Aquéllos una carguita de leña: son los más pobres; éstos cargas de lana: son los más ricos... En todos los puestos, en todos los grupos me metía yo con Teresa

y Ramona, y á todos preguntaba: ¿De dónde sois? ¿Cuánto os valen las hogazas?... Por esa carga de leña, ¿qué os dan?... Con esos cinco reales, ¿qué compráis ahora? ¿A cómo dais la ristra de cebollas?... Y esas enjalmas rojas para los borricos, ¿cuánto valen?... ¿Habéis hecho buen negocio?... ¿Este trigo es toda vuestra cosecha?... ¿Compraréis cochinito?... ¿Lo engordaréis hasta que le arrastre la barriga?... ¿Y vosotros nunca coméis estos pollos, estos patos?... ¿Qué coméis?... ¿Y vuestros nenes se han quedado allá solitos?... Cuando volvéis allá, ¿qué os dicen las pobres criaturas?

FILOMENA

¡Vaya, que eres de verdad reparona y entometida!... un ángel á quien interesan las cosas de la tierra más que las del Cielo.

DON RAFAEL

(Con calor.) Más, no, señora; lo mismo.

MARÍA

Es que gozo lo indecible, me lo pueden creer, viendo este hormigueo de la vida de los pequeños: cómo viven, cómo luchan,

cómo se defienden... Y no sé si reirme ó llorar cuando pienso que no son ellos más pobres que yo.

DON PEDRO

(Melancólico.) Más ricos... No hay riqueza como la ignorancia.

FILOMENA

Riqueza y pobreza, por nuestros deseos se miden.

MARÍA

Ello es que los veo contentos, al menos tranquilos, y su contento y su tranquilidad se me comunican... Vedme alegre, confiada, con muchas ganas de infundiros á todos confianza y alegría.

DON PEDRO.

(Dirígese á la mesa.) Ven aquí, ven aquí... Dime, ante todo, dónde metiste las esquelas de... (Se sienta.)

MARÍA

(Aparte, suspirando.) Corazón mío, poco te duró el contento. (Abriendo un cajón de la mesa.) ¡Si están aquí!

DON PEDRO

¡Ah! dame...

DON RAFAEL

Señor Marqués, con su permiso... ¿Tiene algo que mandarme?

DON PEDRO

(Disponiéndose á escribir una carta.) Querido cura: que no nos olvide en sus oraciones.

DON RAFAEL

¡Ah! por mí no ha de quedar. (Viendo escribir á su padre, y sabiendo lo que escribe, María manifiesta gran aflicción.)

FILOMENA

(Aparte á don Rafael al despedirle.) ¿Se ha fijado bien, don Rafael, en lo que le dije de la distribución...?

DON RAFAEL

¡Mucho, mucho! Descuide: lo haré á toda conciencia, con plena conciencia de mi deber. (Vase por el fondo.)

DON PEDRO

(Sin dejar de escribir.) Filomena, que me preparen el baño.

FILOMENA

Iré yo misma. No hay que agobiar á la pobre Cirila. (Vase por la derecha.)

ESCENA VI

MARÍA, DON PEDRO

DON PEDRO

(Mostrando á su hija las cartas que ésta sacó.) Cuidarás de que hoy mismo lleguen á su destino.

MARÍA

(Angustiada.) ¡Ay, papá mío! déjame que te diga... ¿No te sientes humillado, degradado, con pedir limosna de esta manera?

DON PEDRO

(Irascible.) ¿Y qué he de hacer? ¿Estoy en el caso de solicitar un jornal del Ayuntamiento, y ponerme á picar piedra en un camino, ó á recoger las basuras de las calles?

MARÍA

Pues mira tú: yo preferiría eso.

DON PEDRO

¿Preferirías verme...?

MARÍA

Lo haría yo si pudiera... romper piedras, barrer las calles de Agramante.

DON PEDRO

Toma las cartas y mándalas esta tarde. He agregado una... para ese Corral...

MARÍA

(Resistiéndose á tomar las cartas.) ¡Ay, Dios mío, Dios mío! (Llorosa, permanece en resistencia pasiva.)

DON PEDRO

(Con severidad.) Obedéceme... No me irrites...

MARÍA

Bueno, papá: haré todo lo que me mandes. (Toma las cartas y las guarda en el bolsillo.) Es mi deber... Pero dí, ¿no hay otro medio?

(Recordando.) ¡Ah! me dijeron que viene Cesáreo. ¿Lo sabías?

DON PEDRO

Sí.

MARÍA

¿Y no esperas que Cesáreo te traiga...? Aguardemos á que llegue...

DON PEDRO

Lo que traiga tu hermano, que no será mucho, lo necesitará para sí. Está obligado á conservar aquí cierto brillo y... No puedo explicártelo.

MARÍA

Sin tus explicaciones lo comprendo. ¿Crees que se me escapan las ideas tuyas, las ideas de toda la familia? Mi hermano hizo la corte á esa viuda millonaria... Tal vez ahora...

DON PEDRO

No sé... Podría ser...

MARÍA

(Con agudeza.) ¿Y no se te ha ocurrido que de estos petitorios podría la dama ricachona

enterarse? ¡Qué diría, qué pensaría de nosotros!

DON PEDRO

(Confuso.) Sí; pero... Se haría cargo... No obstante, la idea de que la viuda se entere, me inquieta un poco.

MARÍA

Esta mañana, cuando salía yo de la iglesia con Vicenta Pulido, ví á la millonaria. ¡Ay, qué facha, qué cargazón de sedas, de plumas, de encajes, de joyas! Cuentan por ahí que lleva las ligas recamadas de perlas, y que en su casa de Madrid hay más plata que en una catedral.

DON PEDRO

Lo creo...

MARÍA

Y que las mesas de noche son de marfil, y otras cosas... de lápiz-lázuli... Su aspecto es de una *rastaquouère* tremenda y de una cursi estrepitosa.

DON PEDRO

Nunca la he visto. Dicen que es hermosa.

MARÍA

Lo fué el año de la Revolución de Septiembre, cuando tú todavía no te habías casado.

ESCENA VII

Los mismos; FILOMENA, CIRILA.

FILOMENA

(Por la derecha.) Ya tienes el baño pronto.

DON PEDRO

Voy... **(Al salir detiénese preocupado.)** Si vuelve ese maldito Pocho... le decís... que mañana. **(Entra Cirila por el fondo y habla con María.)**

FILOMENA

No prometas nunca para mañana... Tómate más tiempo.

DON PEDRO

Tienes razón... Mejor será el lunes... seguro, el lunes. **(Vase por la derecha.)**

CIRILA

La he visto entrar en el patio.

FILOMENA

¿Quién?

CIRILA

La señora Alcaldesa. Creo que viene acá.
(Entra Vicenta por el fondo.)

MARÍA

Ya está aquí. (Vase Cirila.)

ESCENA VIII

MARÍA, FILOMENA, VICENTA; después CIRILA.

VICENTA

Amigas muy queridas: un aviso, una petición, y me voy al instante.

FILOMENA

Ante todo, ¿sabe usted si viene Cesáreo? Su marido de usted ha recibido un telegrama...

VICENTA

No sé nada. En casa estuve después de misa. Nicolás había salido.

MARÍA

¿No se sienta? (Se sientan las tres.)

VICENTA

Un momento... Lo primero, advertir á ustedes que Teodolinda viene en persona á invitarlas.

FILOMENA

¿Esta tarde?

VICENTA

No: antes de mediodía. ¿Irán ustedes á la fiesta veneciana?

FILOMENA

La verdad... no quisiéramos...

VICENTA

¡Por Dios, Marquesa! Esta pobre niña debe distraerse, lucir su belleza...

FILOMENA

Sí, sí... María irá con usted...

VICENTA

Para mí no hay mayor honra... (A María.)

Y me enorgullece llevarla á usted conmigo, aunque á su lado resultaré una facha.

MARÍA

¡Por Dios, Vicenta!...

VICENTA

Usted ha traído todo su guardarropa, de última moda, elegantísimo, y yo...

MARÍA

¿No me dijo usted que esperaba hoy el vestido de *garden party* que encargó á Madrid?

VICENTA

(Desconsolada.) Pero no vendrá, ¡qué pena! (Saca una carta.) Vean la carta de la modista, que ha sido como un rayo... (Lee.) "Imposible remitir hoy...„ Este contratiempo me anonada.

FILOMENA

Lo comprendo. ¡Contar con una cosa y...! Las modistas son tremendas.

VICENTA

Pues ahora viene la súplica. En este conflicto no veo más que una solución: arreglar

un vestido que estrené el año pasado, cuando vino el Ministro de Fomento y se alojó en mi casa. Pero desconfío de que mi hermana y yo podamos arreglarlo con toda la elegancia que deseo. Ustedes me indicarán... Perdonen mi impertinencia. El puesto que ocupa Nicolás me obliga á ser la más elegante del pueblo. No quiero hacer mal papel. Nicolás se disgustaría con esto más que si perdiera las elecciones.

FILOMENA

Enseñaré á ustedes un modelo que traje.

(Las interrumpe Cirila entrando presurosa por el fondo.)

CIRILA

Señora... ahí sube.

FILOMENA

¿Quién?

CIRILA

Esa señora tan...

VICENTA

¡Teodolinda!

MARÍA

¡La *rastaquouère*...!

VICENTA

(A Filomena.) ¡Verá usted qué lujo tan desfachatado! (Entra Teodolinda. Su figura y vestido son conformes á las descripciones que de ella se han hecho. Vase Cirila.)

ESCENA IX

FILOMENA, MARÍA, VICENTA, TEODOLINDA

TEODOLINDA

Señora Marquesa, me perdonará usted que haya sido muy inconveniente en la elección de hora para mi visita.

FILOMENA

¡Oh! el honor que recibimos no sabe hacer distinción de horas. (Se sientan: María al extremo izquierda.)

TEODOLINDA

Y hemos de convenir en que la vida de campo forzosamente ha de relajar un poco la etiqueta social.

FILOMENA

Seguramente.

TEODOLINDA

Perdóneme la señora Alcaldesa si llamo campo á esta preciosa villa, tan culta, modelo de policía y urbanización.

VICENTA

Campo es... con casas... ciudad... al aire libre.

TEODOLINDA

Y la más hospitalaria que cabe imaginar. Estoy contentísima. La casa que he tomado es una preciosidad... aunque algo pequeña...

MARÍA

(Aparte.) ¡Jesús! Pequeña dice. ¡Y la edificaron para convento! Pues que le traigan el Escorial.

TEODOLINDA

El parque muy frondoso. Sería incomparable si tuviera lago...

MARÍA

(Aparte.) ¡Y mucha agua!

TEODOLINDA

Y una extensión de quinientas hectáreas.

FILOMENA

A propósito de extensiones de tierra, se dice que usted adquiere pertenencias mineras y bienes raíces en la provincia.

VICENTA

Y un monte grandísimo, y tres dehesas...

TEODOLINDA

Que me gustaría poder juntar en una sola, para formar una propiedad verdaderamente regia.

MARÍA

(Aparte.) ¡Cuatro dehesas juntas! para que esta fiera tenga donde pasearse á sus anchas.

FILOMENA

Hará usted todo lo que se le antoje, y no habrá ilusión ni capricho que no pueda satisfacer.

TEODOLINDA

(Con refinada amabilidad.) Por lo pronto, señora Marquesa, aquí me trae la ilusión de que usted y su linda hija honren esta noche mi casa.

FILOMENA

Mi esposo y yo agradecemos á usted en el alma su invitación. (Suspirando.) Nos hallamos bajo el peso de tristezas y desazones que excluyen todo regocijo. Pero no privaremos á nuestra hija de esa magnífica fiesta. Cuente usted con María, que irá con la señora Alcaldesa.

TEODOLINDA

Amiga mía, del mal el menos... Su preciosa hija será la flor más lucida de mi jardín, y la estrella más brillante de mi noche... quiero decir... de la noche de... (Embarullándose, no puede acabar el concepto.)

FILOMENA

(Comprendiendo.) Sí, sí... ya...

MARÍA

(Aparte.) ¡Ay, Dios mío, se le acabó la cuerda!

FILOMENA

María agradece tanta bondad... y tendrá mucho gusto...

MARÍA

Grandísimo placer... Será una fiesta espléndida, nunca vista en Agramante.

TEODOLINDA

Las señoras de esta culta villa le darán todo su encanto.

VICENTA

Y encanto mayor usted...

MARÍA

Usted, la amable dueña de la casa, la opulenta anfitrionisa...

ESCENA X

Los mismos; CORRAL, presuroso, por el fondo.

CORRAL

Señor Marqués, señoras...

FILOMENA

(Alarmada, se levanta.) ¿Qué noticias, Corral?

MARÍA

¿Viene mi hermano?

CORRAL

Ya está en Agramante... Le ví en la estación. Salieron á recibirle el Alcalde, el Coronel de la zona, el Juez municipal y el Contratista de la traída de aguas... Al instante vendrá. ¿Y el señor Marqués? (Hace reverencia á Teodolinda.)

FILOMENA

(A María.) Ve, hija: dale prisa... (Vase María por la derecha.)

CORRAL

(A Filomena.) Debo anticipar á usted que Cesáreo sólo estará en Agramante algunas horas. Esta tarde tomará el tren mixto para llegar á Santamar, la capital de la provincia, antes que salga de allí el Ministro de la Gobernación, que ha ido á inaugurar el nuevo Presidio.

ESCENA XI

Los mismos; DON PEDRO; tras él, MARIA.

DON PEDRO

Ya sé... ya me ha enterado María... (A Teodolinda muy cortés.) Señora mía, crea usted que me confunde el honor que hace á esta humilde casa...

TEODOLINDA

La casa y familia, dignas son de todos los honores. La casa es un soberbio palacio. Al venir aquí, he admirado por tercera vez la hermosa fachada plateresca. ¡Qué maravilla, señor Marqués!

FILOMENA

(Con tristeza.) Esa maravilla y otras ¡ay! fueron nuestras

DON PEDRO

Cuando Dios quería...

TEODOLINDA

¡Y quién sabe si volverán, cuando menos se piense, á su primitivo, á su ilustre dueño!

DON PEDRO

¡Quién sabe...! Cesáreo tal vez, si adquiere, como yo espero y él merece, una elevada posición en la política...

TEODOLINDA

Ya sabe usted que está aquí.

DON PEDRO

Le esperamos por instantes.

CORRAL

Pronto vendrá. Han querido enterarle del asunto de las aguas...

FILOMENA

(Impaciente.) Mucho tardan.

VICENTA

La culpa es de mi marido.

CORRAL

(Que ha mirado por el fondo.) Ya vienen, ya suben, ya están aquí. (Corren Filomena y María al encuentro de Cesáreo. Le abrazan y besan cariñosamente. Tras de Cesáreo entran el Alcalde, Roldán y Bravo. Don Pedro ha permanecido junto á Teodolinda.)

ESCENA XII

Los mismos; CESAREO, el ALCALDE, ROLDAN, BRAVO. Roldán es ordinario, de mediana edad; Bravo, persona fina, abogado joven.

CESAREO

(Con emoción.) Mamá, te encuentro bien. Tú, Mariucha, te has repuesto... Estos aires... (Avanza. Ve á don Pedro y se abrazan tiernamente.)

ALCALDE

Nos hemos permitido secuestrarle por unos minutos.

ROLDAN (*Contratista*).

Perdonen los señores Marqueses...

BRAVO (*Juez municipal*).

Los intereses del pueblo nos han hecho olvidar la felicidad de la familia.

DON PEDRO

¡Qué sorpresa, hijo; qué alegría! (Indicando la presencia de Teodolinda.) Y no es una sorpresa sola.

CESAREO

(Dirigiéndose á Teodolinda.) Ya me dijo el Alcalde... (Corral habla con María; Roldán y Bravo con Filomena.)

TEODOLINDA

¿Que estaba yo aquí? (Alargándole su mano.) Pues ha sido de lo más casual... Yo no sospechaba...

DON PEDRO

Con piedra blanca marco esta coincidencia felicísima. La alegría de verte y el honor de esta visita.

TEODOLINDA

Ya ve usted, Cesáreo, cómo no se pueden hacer profecías.

CESAREO

Ya, ya... (Don Pedro habla con el Contratista.)

TEODOLINDA

La última vez que estuvo usted en mi casa salió diciendo que ya no nos veríamos más.

CESAREO

Antes profetizó usted otra cosa, Teodolinda, que no fué confirmada.

TEODOLINDA

Tal vez... Lo que prueba que todos somos muy malos profetas. Aleccionada por la pícara realidad, que así nos desmiente, ya no profetizo, Cesáreo. (Se levanta.)

DON PEDRO

(Desconsolado.) ¿Tan pronto?

TEODOLINDA

¡Oh! no desconozco lo que son estos momentos para una familia cariñosa...

FILOMENA

(Acudiendo á despedirla.) Señora, amiga mía...

CORRAL

(Aparte á María, con galanteo meloso.) Si usted va, ¿cómo he de faltar yo? Iré tras el lucero buscando en su brillo un rayito de esperanza.

MARIA

¡Ay, qué empalagoso!

TEODOLINDA

(Despidiéndose de María.) Que no me falte, por Dios. No tendría yo consuelo.

MARIA

Mil y mil gracias.

TEODOLINDA

(A Cesáreo.) Y usted ¿no querrá dar un vistazo á mi fiesta?

CESAREO

Imposible, Teodolinda.

DON PEDRO

Quédate, hijo...

CESAREO

Imposible.

TEODOLINDA

Ya no le ruego más. ¡Cuando se obstina en hacerse el interesante...!

CESAREO

Es absolutamente preciso que yo salga en el tren de las cinco.

TEODOLINDA

Ya: tiene que conferenciar con el Ministro. De ello dependerá la salvación de la patria.

CESAREO

No salvaré á la patria... Quizás salve á una parte de ella.

TEODOLINDA

En fin, adiós y buen viaje. Si quiere comer conmigo... A la una en punto... ¡Pero qué tonta! El corto tiempo de que dispone pertenece á la familia.

DON PEDRO

Antes que nosotros está la cortesía. Irá, Teodolinda; aceptará su amable invitación.

CESAREO

No, no...

TEODOLINDA

Verá usted, Marqués, cómo nos deja mal á todos. Adiós, adiós. (Las señoras la acompañan hasta la puerta. Corral, con oficiosa galantería, va tras ella ofreciéndole el brazo para conducirla hasta la calle.)

VICENTA

(Al Alcalde.) Nicolás, vámonos.

ALCALDE

(Despidiéndose.) Señor Marqués, muy suyo

siempre. Luego le explicaremos este asunto de las aguas...

ROLDAN

El giro que quieren dar al expediente es de lo más desatinado...

BRAVO

A todos nos preocupa hondamente...

DON PEDRO

A mí también... á mí también... No se aparta de mi pensamiento la traída de los diez millones... digo, de las aguas, la traída de aguas...

VICENTA

(A Filomena.) Volveré esta tarde... Veré ese modelo...

MARIA

(Despidiendo á Vicenta.) Adiós... hasta luego...

ROLDAN

(Despidiéndose del Marqués.) Siempre á sus órdenes...

BRAVO

(Idem.) Repito...

ALCALDE

(Idem.) Felicidades. (Salen Vicenta, el Alcalde, Roldán y Bravo.)

FILOMENA

(Cogiendo á Cesáreo del brazo.) Ven y verás cómo nos hemos instalado.

DON PEDRO

(Reteniéndole.) Luego irá. Dejadme un rato conmigo. (Les hace seña de que se alejen.)

MARIA

Pero que sea cortito. También nosotros tenemos que charlar...

FILOMENA

Déjale ahora. Tienen que hablar á solas. (Se va, llevándose á María.)

ESCENA XIII

DON PEDRO; CESAREO, que se sienta, pensativo, apoyada la frente en la mano.

DON PEDRO

(En pie.) Acepta, hijo, acepta la invitación de esa señora.

CESAREO

Convéncete, papá, de que Teodolinda es una esperanza inmensamente remota, un sueño...

DON PEDRO

Pero... en Madrid, el invierno último, dijiste á tu madre...

CESAREO

Sí, lo dije... yo soñaba... creí poder traer á casa la lámpara de Aladino.

DON PEDRO

Tú le hacías la corte.

CESAREO

Sí.

DON PEDRO

¿Hubo rompimiento?

CESAREO

Absoluto.

DON PEDRO

¿Iniciado por tí?

CESAREO

Por ella.

DON PEDRO

Al invitarte ahora, quizás desea reanudar...

CESAREO

No la conoces. Teodolinda no es toda vanidad: tiene inteligencia, sentido práctico, que aprendió de los yankees. Conoce bien nuestra desgracia, el abismo de descrédito en que hemos caído... Teme el ridículo... Coquetea con sus millones, como otras coquetean con sus gracias...

DON PEDRO

(Suspirando, con gran desaliento.) Bien... no digo nada.

CESAREO

Pero con todo... (Dudando.) ¿Iré á comer? (Con resolución súbita.) Iré. ¿Qué pierdo en ello? (Se levanta.)

DON PEDRO

Nada pierdes... ¡Y quién sabe si...!

CESAREO

No, papá: hoy, pensar en eso es un delirio. Podría no serlo... (Meditabundo.)

DON PEDRO

¿Cuándo? ¿En qué caso?

CESAREO

En el caso de que yo adquiriese la posición política que busco, que creo tener ya... casi casi en la mano.

DON PEDRO

Entendido. (Impaciente.) Vete, hijo, vete. Toma el tren. Por Dios, habla con el Ministro esta noche, mañana...

CESAREO

Esta noche sin falta.

DON PEDRO

Yo espero, tragando amargura, sufriendo humillaciones, devorando sonrojos. ¿Pero qué importa?...

CESAREO

(Echando mano al bolsillo para sacar su cartera.) Y á propósito, papá... Tengo muy poco dinero, poquísimo...

DON PEDRO

Pues déjalo para tí, que lo necesitarás más que nosotros...

CESAREO

Tengo lo preciso para llegar á Santamar y volverme á Madrid... Pero en Santamar está Jacinto Mondéjar, que me ha ofrecido prestarme una cantidad...

DON PEDRO

Pues á la vuelta me la darás.

CESAREO

¿De veras podréis pasar...? (Mostrando la cartera, en ademán de abrirla.)

DON PEDRO

Pasaremos... Más pasó Jesucristo. Adelante, hijo... Por delante siempre tú, el único redentor posible de la familia.

ESCENA XIV

DON PEDRO, CESÁREO, MARÍA; después FILOMENA.

MARÍA

(Por la derecha, entreabre la puerta y se asoma cautelosa.) Papá y hermano, ¿no me permitiréis curiosear un poquito?

DON PEDRO

Entra ya, hijita.

CESAREO

(Llamándola cariñoso.) Ven, que aún no he podido abrazarte á mi gusto. (Se abrazan.) ¡Pobre Mariucha! ¡Recluída en este medio social tan impropio de tí, entre tanta vulgaridad!

MARÍA

No creas... Me acomodo perfectamente á esta vida provinciana.

CESAREO

Papá, á todos recomiendo un exquisito cuidado de esta joya. (Con entusiasmo.) Joya,

digo: cuerpo y alma de lo más selecto que da de sí la humanidad. Velad por ella sin descanso. ¡Mariucha! (Acariciándola.) ¡Mi Mariucha! Merece que nos desvivamos por llevarla á su esfera natural, donde luzca, donde brille...

MARÍA

Pero, tontín, ¿quieres llevarme á donde hay tanta luz? Si alguna tengo en mí, mejor brillaré en la obscuridad.

DON PEDRO

¡Ah! Veremos quién está en lo cierto.

FILOMENA

Ven, Cesáreo, para que veas cómo nos hemos instalado en este medio palacio. No nos falta comodidad.

CESAREO

Enseñadme vuestra habitación, la de María... (Vase con Filomena por la derecha.)

ESCENA XV

MARÍA; DON PEDRO, que muy excitado y hablando solo se pasea por la escena.

MARIA

Papaíto, ¿estás contento?

DON PEDRO

(Sin hacerle caso.) El Ministro, si es hombre agradecido, le acogerá bien. Recordará que le dí la mano en sus primeros pasos.

MARIA

Dime, papaíto... (Tras él sin lograr que la escuche.)

DON PEDRO

El Gobierno, la situación en masa, la Corona, el país... no permitirán que la casa de Alto-Rey acabe de hundirse...

MARIA

Papá...

DON PEDRO

Hija mía, no puedo decirte que estoy contento ni que estoy triste. Me encuentro en una expectación solemne...

MARIA

¿Ves algún horizonte? ¿Y por fin, Cesáreo...? Cuéntaselo todo á tu hijita... ¿Te ha traído...?

DON PEDRO

No he querido tomar lo poco que trae, pues sería loca imprudencia dejar inerme al guerrero que se apresta al combate.

MARIA

¡Jesús, pues no estás hoy poco imaginativo!

DON PEDRO

Digo que nosotros...

MARIA

(Severa.) Nosotros...

DON PEDRO

Nos arreglaremos.

MARIA

¿Cómo?... Papá, por la Virgen Santísima, tú olvidas el ahogo continuo de esta existencia; el afán de ayer, de hoy, de mañana, la cadena de compromisos, de pequeñas deudas, que oprime, que envilece...

DON PEDRO

A todo se atenderá. ¿Recogiste las cartas?

MARIA

Las recogí... pensaba quemarlas.

DON PEDRO

(Vivamente.) No, por Dios.

ESCENA XVI

DON PEDRO, MARIA, LEON. Hállanse el Marqués y su hija junto á la mesa. Entra León y dice las primeras palabras en la puerta. Trae la cara tiznada; viste traje de pana.

LEON

El señor Marqués...

DON PEDRO

(Aterrado, sin atreverse á mirar á la puerta, creyendo que el que entra es el Pocho.) ¡Otra vez ese hombre!

MARIA

(Mirando á la puerta.) ¿Quién es?

DON PEDRO

(Sin mirar.) ¡Que vuelva... que se vaya!... Mañana... el lunes...

MARIA

(Reconociendo á León.) ¡Papá, si no es el Pocho!... Es nuestro vecino, el carbonero... digo, el dueño del almacén de carbones.

LEON

(Avanzando respetuoso, pero sin timidez.) Molestaré muy poco al señor Marqués...

DON PEDRO

Adelante... Dígame lo que guste. Es usted tímido.

LEON

Tímido no soy... Tengo otros defectos, pero ese no. Sé hablar con personas distinguidas.

MARIA

¿Oyes, papá?

DON PEDRO

(Observándole.) En efecto: su lenguaje, sus modales no se avienen con su modesta ocupación... ¿Y en qué puedo servirle?

LEON

Soy inquilino del almacén y vivienda de este primer patio á la izquierda. Mi nego-

cio me pide ya ensanche de local. Quisiera que el señor Marqués me arrendase toda la crujía, hasta la medianería del Juzgado municipal, desalojando el cafetín, que no paga alquiler.

DON PEDRO

Amigo mío, yo no soy el propietario: lo fuí.

MARIA

Somos simples inquilinos, como usted... Ese señor sastre nos ha cedido esta parte no más...

LEON

¡Ah! Perdone usted: yo entendí que había entregado el edificio á los señores Marqueses para que dispusiesen de todo... arriba y abajo...

DON PEDRO

No, hijo mío.

LEON

Así lo entendí. Yo, la verdad, en el caso del Sr. López, así lo habría hecho.

DON PEDRO

Gracias, amigo.

MARIA

(Aparte á su padre.) ¿Ves qué generoso, qué atento?

LEON

Dispénseme el señor Marqués. Mi petición resulta una impertinencia. (Hace reverencia para retirarse.)

DON PEDRO

Un momento, vecino... (Con interés.) ¿Y qué tal, qué tal ese negocio?...

LEON

Pues no voy mal, señor. El desarrollo que han tomado en Agramante las pequeñas industrias, me ha favorecido mucho.

MARIA

¡Vaya, vaya!

DON PEDRO

(Risueño.) ¿Con que vamos bien, vamos bien? ¿El tráfico marcha?

LEON

Sí, señor: marcha á fuerza de atención, de diligencia, de trabajo rudo...

DON PEDRO

(Sumamente amable.) Tendrá usted su capitalito

LEON

Empiezo á formarlo.

DON PEDRO

Bien, joven, muy bien. Y sus ahorros los irá usted colocando para obtener nuevas ganancias... Bien, amigo mío. La vecindad de usted es para mí muy grata.

MARIA

(Con interés.) ¿Y todo ese carbón lo trae usted de las minas, de los montes?

LEON

El mundo está lleno de tesoros, unos escondidos, otros bien á la vista... Para cogerlos, hace falta mucha paciencia, mucha, porque...

ESCENA XVII

DON PEDRO, MARÍA, LEÓN, FILOMENA, CESAREO.

FILOMENA

(Que viene disputando con su hijo.) No, no: en la Providencia, sólo en la Providencia debemos poner nuestra esperanza.

CESAREO

Conforme, mamá. Pero de algún mediador se ha de valer la Providencia. (Van acercándose al centro. Repara en Leon.)

MARIA

(Presentándole.) Nuestro vecino, el comerciante en carbones...

LEON

(Despidiéndose.) Con la venia de los señores...

CESAREO

(Que al verle se ha fijado en él creyendo descubrir, bajo el tizne, un rostro conocido.) Aguarde un momento, buen amigo. (León se detiene, rígido, parado en firme. Cesáreo le contempla fijamente. León, impávido, afronta su mirada.)

MARIA

¿Qué... le conoces?

DON PEDRO

Es un trabajador bien acomodado; un excelente vecino.

CESAREO

Paréceme. (Sospechando.) Juraría... (Abandonando su sospecha.) No, no... Perdone usted... Creí... No es, no.

LEON

(Aparte al retirarse.) Dice que no soy. Tiene razón: no soy. (Hace reverencia y sale.)

ESCENA XVIII

MARÍA, DON PEDRO, CESÁREO, FILOMENA; después CIRILA.

FILOMENA

¿Pero qué...? ¿Has visto en él...?

MARIA

(Vivamente.) ¿Alguna persona conocida?

CESAREO

Creí ver, al través de lo negro... ¿Os acordáis de aquel Antonio Sanfelices, sobrino del Marqués de Tarfe?...

FILOMENA

¡Jesús! El mayor calavera de Madrid.

DON PEDRO

¿No fué procesado?

MARIA

Sí, sí: Sanfelices. Pero éste no es aquél, Cesáreo: es otro.

CIRILA

(Por el fondo.) Recado de esa señora doña Teodolinda... Que esperan al señor don Cesáreo para comer.

MARIA

(Desconsolada.) ¿Y no come con nosotros? ¿Nuestra compañía no vale más que el *menú* de esa feróstica?

CESAREO

Ha llegado el momento de sacrificar hasta los más dulces afectos...

DON PEDRO

(Separándole de su hermana.) Vete pronto, hijo; no te hagas esperar.

CESAREO

Voy, sí. (A Filomena y María.) Y no partiré sin volver acá. Seguro, seguro. (Dirígese al fondo. Filomena y María van con él, prodigándole cariños. Permanecen en la puerta despidiéndole.)

DON PEDRO

(Junto á la mesa, á la izquierda.) Cirila.

CIRILA

Señor.

DON PEDRO

No te descuides en traer un buen trozo de carne para rosbif...

CIRILA

(Con expresión lastimera, indicando la escasez de recursos.) Señor, considere...

DON PEDRO

Considero, considero... que no puedo pasarme sin una alimentación muy sólida.

CIRILA

Yo cuidaré, señor; pero tenga en cuenta...

DON PEDRO

(Propendiendo á la irascibilidad.) No ha de faltar crédito... Y suceda lo que quiera, ¿he de consentir que la anemia me devore?

CIRILA

(Aparte.) Dios nos tenga de su mano. (Dirígese á Filomena: ésta y María vuelven de despedir á Cesáreo.)

MARIA

(Llorosa.) Es una ingratitud...

FILOMENA

Hija, si así conviene... (A Cirila.) Comeremos. (Van hacia la derecha.)

CIRILA

Señora, ¿no sabe...? (Le cuenta que don Pedro pide rosbif, etc. Vanse por la derecha.)

ESCENA XIX

MARIA, DON PEDRO; después FILOMENA.

DON PEDRO

María, irás esta noche á la fiesta de Teodolinda.

MARIA

(Resignada.) ¡Si vieras, papá, qué sacrificio es para mí...!

DON PEDRO

No me repliques. (Vivamente.) ¡Ah! lo principal se me olvidaba. No mandes por ahora esas cartas.

MARIA

¡Oh, cuánto me alegro! (Las saca del bolsillo.)

DON PEDRO

Es que... he pensado... Se mandará sólo una. (Toma las cartas y escoge una entre ellas.) Esta: la reproduces, variando el nombre...

MARIA

(Suspensa.) ¿Y qué nombre se pone?

DON PEDRO

El de nuestro amable y simpático vecino...

MARIA

(Con gran asombro.) ¡El de la cara negra!

DON PEDRO

Verás cómo ese no me desaira.

MARIA

(Con ansiedad.) ¿Pero qué piensas?... ¿Cuál es tu plan? ¿Cómo te atreves á solicitar...? ¡Y si luego...! ¡Explícame, papá, por Dios...!

DON PEDRO

(Con gran confusión en su mente.) ¡No puedo explicártelo!... Siento en mi cabeza un desvanecimiento, una debilidad... Principio de anemia, por causa de la alimentación insuficiente.

MARIA

¡Oh!

DON PEDRO

¿Mandarás la carta? (**María permanece muda, en profunda meditación. Pausa.**) **Contéstame.**

MARIA

(Con resolución animosa, alzando la cabeza.) Sí.

FILOMENA

(En la puerta de la derecha.) ¿Pero no venís á comer?

DON PEDRO

Sí... ¡tengo un apetito...! (Dirígese á la puerta. María permanece inmóvil, meditabunda.)

FILOMENA

(A María.) ¿Y tú, Mariucha?... ¿qué haces, qué piensas?

MARIA

Nada. (Impetuosa, después que les ve alejarse.) ¡La muerte, Señor, dame la muerte, ó enséñame cómo hemos de vivir!

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Crujía baja del patio claustrado en el palacio de Alto-Rey. Todos los huecos de la galería están cubiertos de cristalería antigua emplomada, á excepción del más próximo á la derecha, que es entrada de una glorieta cerrada, en su parte interior, por enrejado cubierto de enredaderas. Dicha glorieta se supone hecha para ocultar aquel lado del claustro que está en ruinas. Al extremo derecho de la galería está el arranque de la escalera que conduce á las habitaciones altas de los Marqueses; al izquierdo puerta practicable por la cual se sale al centro del patio y á la calle.

En la caja de la izquierda, puerta y reja del almacén de carbón.

Bancos de piedra arrimados á los cristales. Es primera hora de la noche. Claridad viva de luna llena ilumina la glorieta y arranque de la escalera, y la parte derecha del escenario.

ESCENA PRIMERA

LEÓN, CIRILA, que salen por la izquierda. León con la cara lavada.

LEÓN

¿Está usted segura de lo que dice? Repítamelo.

CIRILA

¿Otra vez?

LEÓN

Es tan extraordinario, tan fuera de lo común, el mensaje traído por usted, que... Oído ya tres veces, no me determino á creerlo.

CIRILA

Pues á la cuarta va la vencida. Mi señorita, la señorita María, hija de los señores Marqueses de Alto-Rey... ¿Duda usted de que exista mi señorita?

LEÓN

No puedo dudar de lo que he visto. Lo que dudo es que...

CIRILA

¿No se llama usted León, don León ó el señor León? ¿No tiene la cara negra?

LEÓN

Ya me he lavado... Míreme bien.

CIRILA

Bueno: es usted el sujeto con quien hablar desea.

LEÓN

¿Aquí?

CIRILA

La señorita irá esta noche á esa gran fiesta en casa de...

LEÓN

Ya...

CIRILA

Mis amos, para que la señora Alcaldesa no se moleste en venir á buscarla, han determinado que yo la lleve á casa de la señora Alcaldesa... ahí enfrente... La señorita baja conmigo... la espera usted... Por aquí, según veo, no pasa á estas horas un alma...

LEÓN

Nadie. El Juzgado municipal está cerrado de noche.

CIRILA

Hablan la señorita y usted... delante de mí...

LEÓN

Hablamos... hablará ella, y me dirá... Perdone usted: esta confusión y estas dudas

mías provienen de la obscuridad y del acento turbado con que usted se expresa. Usted entró en mi casa diciendo que traía una carta para mí... Después...

CIRILA

(Interrumpiendole.) Porque la señorita me dió la carta para el señor León, y apenas la puso en mis manos, me la arrebató diciéndome: "No, no: nada de carta. Aunque es muy penosa esta declaración hablada, prefiero...„ (Sintiendo rumor en la escalera.) ¡Ah! ya viene. (María desciende cautelosa, aplicando el oído, mirando á todos lados. Detiénese á cada peldaño, con temor y ansiedad. Viene vestida para la fiesta nocturna, con traje de extraordinaria elegancia y riqueza. Sombrero; abrigo de verano. La luna llena ilumina la hermosa figura.)

ESCENA II

LEON, CIRILA, MARIA.

MARIA

Aquí está... Me espera. (Parada en el primer peldaño, temerosa.) ¡Oh! no me atrevo... le diré que se vaya, que me equivoqué... Es necedad, locura...

CIRILA

(Se acerca á ella, secreteando.) Te aguarda... ¿Qué... temes?

MARIA

(Rehaciéndose.) ¡Ay, sí!... Pero más que mi miedo podrá el tesón del alma mía. Lo que resolví después de mucho meditar, debe hacerse, se hará... Inspíreme Dios y fortalézcame. Cirila, tú te sientas aquí para avisarme si alguien de casa...

CIRILA

Sí, sí: yo estaré al cuidado... (Se sienta en el primer peldaño.)

MARIA

(Aparte, avanzando.) Es bueno, es generoso... Nos atenderá... Con esta esperanza me aventuro...

LEON

(Respetuoso.) Señorita... estoy á sus órdenes.

MARIA

Gracias... Si me he permitido molestarle... (Aparte.) No sé cómo empezar. Estudié

un principio muy oportuno... y ya se me ha ido de la memoria...

LEON

Para mí es grande honor...

MARIA

(Aparte recordando.) ¡Ah! ya... (Alto.) Pues mi padre... (Aparte.) No era esto... (Alto.) Mi hermano...

LEON

Su hermano de usted hizo esta mañana un reconocimiento minucioso de mi fisonomía. Le estorbaba un poco la máscara de carbón que llevaba yo entonces...

MARIA

Signo, emblema de un trabajo honrado. (Aparte.) Me parece que voy bien. Debo ganarme su voluntad. (Alto.) Mi hermano creyó ver en su cara de usted cierto parecido con un muchacho de Madrid... un mala cabeza, que dió mil escándalos y cometió... no sé qué diabluras... Realmente no existe semejanza.

LEON

¿Que no existe semejanza? ¿Y usted lo afirma?

MARIA

(Principiando á sospechar, mirándole atenta.) Sí... yo... conocí al tal. Verdad que no recuerdo bien su fisonomía. Por eso dije luego: "No es aquél, Cesáreo; es otro."

LEON

Su hermano de usted, creyendo ver en esta cara facciones conocidas, estaba en lo cierto. Soy Antonio Sanfelices.

MARIA

(Retrocediendo asustada.) ¡Oh, Dios mío! Usted... Perdóneme si he dicho... (Aparte.) ¡Ay! ahora la he hecho buena.

LEON

No tengo por qué perdonarla. Sosiéguese usted.

MARIA

No haga usted caso... Juzgando por lo que oí, dije...

LEON

¡Si ha estado usted excesivamente benigna en la calificación de mis actos! Diabluras ha dicho. Fué algo más... Si quiere usted ate-

nuar mis faltas, diga: complicidad irreflexiva en delitos graves.

MARIA

(Asustada.) ¡Ay, Dios mío! Yo no digo nada, ni sé nada de eso... Y no tema que yo le delate, ni que descubra su verdadero nombre.

LEON

En realidad, no tengo ya por qué ocultarlo. León es mi segundo nombre de pila. Lo adopté como primero en los días más horrendos de mi vida, cuando, abandonado por unos, de otros perseguido, me ví solo, encadenado á mi conciencia, frente al mundo inmenso, que me pareció el conjunto de todas las iras contra mí. Hoy conservo este nombre porque en él veo la forma bautismal de mi regeneración. Usted, con divina perspicacia, acertaba cuando dijo: "No es aquél, Cesáreo; es otro.„

MARIA

(Reflexiva.) Es usted otro.

LEON

El hombre lleva en sí todos los elementos del bien y del mal. Excelentes personas han

caído en la perdicion; santos hay que fueron perversos.

MARIA

Si es usted de estos últimos, déjeme que le admire.

LEON

Merezco quizás el respeto de usted; admiración, no.

MARIA

La desgracia, tal vez la miseria, le han obligado á luchar; la lucha le ha redimido: ¿no es eso?

LEON

Criado fuí en la holganza... Puedo decir que no tuve padres, porque murieron dejándome muy niño. Hombre ya, heredé una fortuna, que vino á mis manos cuando la compañía de amigos, peores que yo, me había educado ya en los vicios de la disipación y el juego, en el menosprecio de toda rectitud... Corrí desvanecido por el mundo, ciego y desmandado. Este vértigo, este correr loco, forzosamente habían de precipitarme al abismo. Mis amigos iban delante, más ciegos que yo. Si el dinero nos faltaba, ¡qué arbitrios, qué combinaciones depravadas

para procurárnoslo! Por fin, la escasez nos arrastró á la desesperación, la desesperación á la ignominia, ésta al escándalo, y el escándalo nos estrelló contra la justicia, y nuestros nombres fueron oprobio de familias respetables.

MARIA

(Con estupor candoroso.) ¡Jesús! ¿Y por qué, dígame, por qué fué usted tan malo?

LEON

Oigame, señorita, y vea toda mi maldad. Un compañero mío de aquellas locuras discurrió... poner en un documento de crédito una firma que no era la suya. (Movimiento de reprobación en María; protesta viva de León con mirada y gesto.) Yo no lo hice... me repugnaba. Mi complicidad consistió en que pude evitar el fraude, y no lo evité... por el provecho momentáneo que de él tuve. Mi aturdimiento fué causa de que el menos culpable, yo, apareciese más recargado de responsabilidad, y...

MARIA

(Vivamente.) De todo eso tengo yo una idea vaga... En Madrid, por unos días, no se ha-

bló de otra cosa. Su tío de usted, el Marqués de Tarfe...

LEON

Mi tío, que hasta entonces no se había cuidado de mí, se mostró grande, generoso y justiciero ante la deshonra que yo arrojé sobre la familia. Con su dinero fué cancelado el infamante documento; por gestión suya fué sobreseída la causa que se nos formó; y tratándome con severidad cruel, no tan cruel como yo merecía, me dió lo preciso para irme á Cádiz, donde un amigo suyo tenía el encargo de embarcarme para América.

MARIA

Eso entendí... que se había ido usted á Montevideo, al Brasil, no sé... Siga.

LEON

Pero estoy importunando á usted con mi triste historia, impidiéndole...

MARIA

(Vivamente.) No: si eso me interesa más que nada. Cuente... Se embarcó usted...

LEON

A embarcarme iba; pero en el camino caí enfermo, y en mi enfermedad y en mantenerme gasté el dinero que llevaba. Solo, vagabundo, sin más amparo que el Cielo arriba, mucha tierra por delante, entré en relaciones con mi conciencia, y empecé á creer que un hombre nuevo alentaba en mí.

MARIA

(Con intensa curiosidad.) ¿Pero cómo vivía, cómo pudo arreglarse? Cuénteme esa parte de su historia....

LEON

¿Le agrada á usted?

MARIA

Es muy bonita... digo, es la más interesante...

LEON

Y la más terrible. No podrá usted, con todos los atrevimientos de su imaginación, reconstruir las torturas mías, la fatiga inmensa, el angustioso *via crucis* tras la caridad pública, la miseria, los ultrajes... Pero todo

esto era necesario para que naciese el hombre nuevo, y allí nació, en aquel vivir doloroso...

MARIA

Refiérame todo, sin omitir nada. (Se sienta en el banco de piedra, y escucha poniendo toda su alma en el relato.)

LEON

Pues mire usted, ni aun en los trances de mayor desesperación me decidí á quitarme la vida.

MARIA

¿No pensó usted en suicidarse?

LEON

Sí pensé alguna vez; pero en el momento de consumarlo, me detenía... Me daba lástima de matar al hombre nuevo... Me parecía que mataba á un niño.

MARIA

(Identificándose con la idea.) Sí, sí: lo comprendo, lo siento yo... Siga.

LEON

Sin norte ni rumbo, yo atravesaba sierras, valles, estepas... Caridad encontré en al-

gunos lugares; en otros desprecio, palos, burlas...

MARIA

(Compadecida.) ¡Ay, qué hambres pasaría, pobrecito!

LEON

He recogido sobras de las cocinas más miserables; los pastores me han dado á rebañar sus sartenes.

MARIA

Y andando, andando siempre, con su cruz á cuestas.

LEON

Con mi cruz... y con mi conciencia, que ya no me ponía cara muy adusta.

MARÍA

Ya le sonreía, le alentaba... Y usted siempre adelante.

LEON

Hasta que llegué á las minas de Somonte. Allí pedí trabajo. Me lo prometieron... Entre tanto, ayudaba á los carreteros á cargar carbón.

MARIA

Y así vivía...

LEON

Allí tuve el primer dinero ganado por mí; ¡pero con qué trabajos!... Un día se murió de viejo un pobre borrico que trabajaba con un carro pequeño. Yo lo sustituí.

MARIA

¡Jesús!

LEON

Y tirando de mi cargamento, aquí lo traje. Fué la primera vez que entré en Agramante... Volví á la mina. Un secreto instinto, algo como una naciente vocación del hombre nuevo, movía mi voluntad, movía mis manos á una ocupación que era mi mayor gusto... Cuando los carros se ponían en camino, yo recogía los pedacitos de carbón que caían al suelo. Recogiendo y acopiando toda aquella miseria esparcida, llenaba yo una cesta de carbón, que vendía luego en los pueblos próximos...

MARÍA

(Maravillada.) ¡Oh, qué paciencia, Dios mío!

LEÓN

En mi afán de llenar la cesta, yo no me contentaba con recoger los pedacitos: quería recoger hasta los átomos...

MARÍA

(Identificándose con la idea.) ¡Los átomos! Es lo que yo digo: cuando pasa un átomo, cogerlo...

LEÓN

En esto, yo había escrito á mi tío explicándole mi deplorable situación: yo estaba descalzo, harapiento. Por toda respuesta, me mandó á esta villa tres cajas en pequeña velocidad, porte pagado. En ellas venía toda mi ropa.

MARÍA

¡Oh, qué bien! Por lo menos, se remedió usted de su mayor falta. ¿Y qué hizo entonces? ¿Se puso usted su ropita y...?

LEÓN

No, señorita. ¿De qué me servía todo aquel matalotaje tan impropio de mi estado mísero? Salvo algunas prendas y el calzado más cómodo, vendí toda mi ropa.

MARÍA

¡Oh, qué feliz idea!... La ropa elegante...

LEÓN

La vendí por lo que quisieron darme. ¿Y qué hice? Me fuí á la mina y compré cuatro toneladas de carbón.

MARÍA

(Animándose, se levanta.) ¡Bravísimo, señor hombre nuevo!

LEÓN

Pagué mi carbón á toca-teja: lo traje acá, parte en carro, parte en un borrico, y algo también á hombros, en una cesta...

MARÍA

Y lo vendió y ganó dinero.

LEÓN

Antes de veinte días pude comprar un carro.

MARÍA

(Gozosa.) Ya veo, ya veo... Se le revelaba á usted un mundo.

LEÓN

Me sentía poseedor de cualidades nuevas, de ideas nuevas, de nuevas aptitudes... Buscaba en mí, por curiosidad, al hombre antiguo, y no lo encontraba. Aquí de la expresión de usted, que me llega al alma: "No es aquél, Cesáreo; es otro.„

MARÍA

Su historia, señor mío, me conmueve, me anonada. La veo no menos maravillosa que las vidas de santos y que las empresas de los conquistadores más atrevidos. Lo demás...

LEON

Lo demás apenas necesita explicaciones: honradez intachable; trabajo continuo noche y día; diligencia, prontitud, buena fe; cumplimiento exacto, infalible, de todo compromiso comercial... conciencia tranquila, robustez, salud...

MARIA

(Suspira hondamente.) ¡Cuántos bienes después de tanta adversidad!

LEON

Y ahora, señorita, desenmascarado absolutamente el vecino negro, dígame usted en qué puedo servirla.

MARIA

(Aparte.) Después de oirle, siento más vergüenza que antes. (Alto.) No soy digna de acercarme á usted con la pretensión de... No, no puedo decirlo... Usted ha turbado mis ideas... Yo le creía un nombre inferior... y ahora es usted tan grande que casi no me atrevo á mirarle. (Inquieta, recorre la escena.) ¡Oh! no, imposible. Debo retirarme. (Llamando en voz baja.) Cirila. (Acude ésta á su lado.) ¡No me atrevo; siento una vergüenza...!

CIRILA

En casa no duermen. Tu papá se pasea de sala en sala. Debemos irnos.

MARIA

(Dudando.) No, no: aguarda... ¡Dios mío, qué ansiedad!

LEON

Estamos solos, señorita. Puede explicarme...

MARIA

No, no, León: me falta valor. Soy una pobre señorita mal educada, incapaz de resolver cosa alguna... Lo que yo pretendía, lo que me impulsó á llamarle, es algo que á sus ojos me rebajaría, y yo no quiero rebajarme á los ojos de usted, de quien ha sabido ser creador de sí mismo. Hágase usted cuenta de que no le llamé, de que no nos hemos visto, y retírese... Le suplico que se retire.

LEON

(Con calma, que encubre una calculada expectación y deseos de penetrar en las ideas de María.) Bien, señorita, en ese caso... (Con gran lentitud.) Si es deseo de usted que me retire... poniéndome siempre á sus órdenes... (Se va retirando muy despacio, parándose y volviendo la cabeza) me retiraré.

MARIA

(Con súbito arranque.) León. (Aparte á Cirila.) Sí, sí: lo diré... es preciso. Me volvería loca si no lo dijese. Ello es ridículo, humillante; ¿pero qué importa? (Alto.) Usted comprenderá que no es por mí... que obligada me veo

por... Hay duras necesidades... que abruman...

CIRILA

(Aparte á María.) Angel, dilo pronto, en dos palabras, para que acabe tu agonía.

MARIA

(Con gran esfuerzo.) Mi padre, mi familia...

LEON

Yo haré menos violenta esa manifestación, anticipándome...

MARIA

Sí... hable usted por mí...

LEON

El Marqués se halla en situación precaria... Lo sé: he visto alguna carta dirigida por el señor Marqués á personas de la villa...

MARIA

¡Oh, qué vergüenza! (Premiosa, trémula.) Mi padre me ordenó que escribiese á usted una de esas cartas... la escribí... Luego me pareció, viéndole á usted tan humilde, que de palabra... sería mejor... Perdone usted mi atrevimiento. Mi padre es bueno; sólo que

el pobrecito sueña con engrandecimientes y regeneraciones que no vienen, que no vendrán... Es bueno, y mi madre una excelente señora, y mis hermanitos... (Sollozando) son muy buenos también... están... en el colegio... Tenga compasión de nosotros... En mi casa se ha llegado á una situación tan... no sé cómo decirlo... tal vez usted no lo crea. (Más ahogado el sollozo.) Yo procuro ocultar á mi padre la terrible verdad de nuestra miseria. Yo sola la sé, yo y Cirila, que más que mi criada, es mi amiga. Los demás viven en un mundo de ilusiones, de mentiras... Mi hermano los mantiene en el engaño... Nos hundimos; rodamos al precipicio, á la abyección... Esto lo veo yo... lo veo... pero no puedo remediarlo, no sé remediarlo... no sé, no sé... (Rompe en llanto. Cirila llora también en silencio.)

LEON

Es en usted mérito grande ver la situación en su realidad terrible, mirarla cara á cara...

MARIA

(Más serena.) Sí, señor... la miro... cara á cara.

LEON

Heroína es usted, y está llamada á entrar en batalla con las mayores desdichas... Pero usted tiene un corazón grande, un corazón valiente, ¿verdad?

MARIA

Quiero tenerlo.

LEON

Usted no se acobarda ante ningún obstáculo.

MARIA

No. (Secándose las lágrimas, animosa.)

LEON

Y posee entereza bastante para permanecer serena ante un contratiempo, ante un golpe de adversidad... como el que yo voy á darle en este momento.

MARIA

(Aterrada.) ¡Usted... un golpe!

LEON

Diciéndole, como le digo, que no puedo socorrer á su familia. (María permanece en muda

expectación.) No podré esta noche, ni mañana... ni en algunos días podré.

MARIA

(Aparte consternada.) ¡Humillación, espantosa ridiculez! (Llévase las manos al rostro.)

LEON

¡Cuánto me aflige mi negativa, sólo Dios lo sabe! (Decidiéndose á presentar el asunto en su realidad descarnada.) Pero á una persona tan inteligente debo yo completa sinceridad... Suprimo las explicaciones sentimentales de mi conducta, y daré á usted tan sólo las que deben hablar á su razón. (María continúa expresando el trastorno de su desengaño.) Hace un mes, viendo claro un desarrollo grande de mi tráfico, hice á la mina un pedido de consi deración. El nuevo ferrocarril me trajo seis vagones, luego ocho, luego más. He colocado ya la mayor parte... Mañana, 10, es el día fatal, el vencimiento de las obligaciones que contraje. Gracias á mi puntualidad, tengo crédito en la Compañía Minera. La falta de pago me hundiría, me haría perder en un instante la reputación mercantil adquirida con ímprobo trabajo y privaciones de que usted no puede tener idea.

MARIA

(Atónita, pero identificándose con las ideas de León.) Sí, sí: ya entiendo.

LEON

Allí (Señalando á su casa) tengo apilada, billete sobre billete, duro sobre duro, la cantidad que he de pagar mañana. No me ha sobrado nada. ¿Quiere usted que le traiga la suma que allí espera... para el pago de una deuda sagrada y para la sanción de mi crédito? (Pausa.)

MARIA

(Después de una vacilación momentánea, dice con voz firme:) No.

LEON

Es usted fuerte, animosa. (Gozoso.) Veo que si yo soy de hierro, usted también.

MARIA

¿Yo? (Con grave acento y convicción.) Si Dios me concede lo que le pido, el bronce será menos fuerte que yo, y el acero menos templado.

LEON

¡Mujer grande!

MARIA

Mujer... del tamaño de los acontecimientos, considero muy bien las razones que usted me da para... En fin, que no desmerezca yo á sus ojos; que no me crea... no sé qué iba á decir... y procure usted olvidar esta entrevista...

LEON

Eso nunca. Espero que, en un día próximo, podré ser menos cruel que he sido esta noche.

MARIA

(Turbada.) Gracias, infinitas gracias. Retírese usted... Tiene ocupaciones... Yo también.

LEON

Sí... debo retirarme. (Le hace reverencia. Aléjase lentamente; la contempla á distancia. Aparte.) ¡Dura lección es ésta!... ¡Terrible lección! Aprovéchala. (Continúa observándola. Acércase Cirila de nuevo á María, con ánimo de consolarla.) Desdichada víctima social, lucha, padece y vencerás. (Entra en su casa.)

ESCENA III

MARIA, CIRILA; después VICENTA

CIRILA

Niña del alma, no te acobardes. Poco amable y nada generoso ha estado el vecino. Probaremos con otros. (Saca la carta.) Con variar el nombre...

MARIA

(Vivamente, mirando á la parte obscura de la escena por donde ha desaparecido León, arrebata á Cirila la carta y la estruja.) Acábese esta ignominia. (Rompe la carta y arroja los pedazos. Aparece Vicenta por la puerta del patio. Viste traje para la fiesta.) Su proceder duro, casi bárbaro, es para mí un aviso del Cielo. Admiro en ese hombre la severidad de un maestro inflexible.

VICENTA

(Aparte.) ¡Aquí María!... ¡y qué elegante!...

CIRILA

La señora Alcaldesa.

MARIA

(Aparte á Cirila.) Apártate... Vigila en la escalera. (Cirila se aleja por la derecha, cautelosa, y aguarda sentada en el primer peldaño.)

ESCENA IV

MARIA, VICENTA.

VICENTA

¡María... querida! Usted, impaciente por mi tardanza, ha bajado á esperarme.

MARIA

Sí: esperaba á usted...

VICENTA

Vengo retrasada. Cosiendo hasta muy tarde hemos estado mi hermana y yo con el dichoso arreglo. (Mostrando su vestido.) Yo quería que lo viese su mamá.

MARIA

Mamá se acuesta muy temprano.

VICENTA

(Girando sobre sí.) ¿Qué tal estoy?...

MARIA

(Riendo.) ¡Horrible! No podía usted discurrir un arreglo más desatinado.

VICENTA

¡Oh, qué pena me da usted!... Pero ya no tiene remedio... Vámonos.

MARIA

No: yo no voy. Después de vestida, decido no ir.

VICENTA

Entonces, ¿qué hacía usted aquí?

MARIA

Salíamos... (Sin saber qué decir.) Ibamos á casa de usted para que me viese...

VICENTA

(Deslumbrada por la elegancia y riqueza del atavío de María.) ¡Oh, suprema elegancia! Está usted divina, ideal.

MARIA

Vea usted, Vicenta: con un traje como éste debiera usted presentarse esta noche en los jardines de Teodolinda, iluminados a

giorno. Una *toilette* así es lo que á usted le corresponde, por su posición, por su natural elegancia y belleza... y no ese adefesio barato, que va pregonando las hechuras de casa y el aprovechamiento de trapitos. (Burlándose.) ¡Pobre amiga mía! No puede usted imaginar qué lástima le tengo.

VICENTA

(Consternada.) No me lo diga usted más, porque hago lo que usted: no ir.

MARÍA

(Vivamente.) No, no, Vicenta. Usted no puede faltar. ¡Qué se diría! No, no... De ninguna manera...

VICENTA

¡Vaya que es desdicha! No tan bueno como ese, pero elegantísimo también y de gran novedad, es el vestido que yo encargué. (Furiosa.) ¡Ay, qué bribona de modista; ora cosa de arrastrarla!...

MARÍA

(Imitando su furia.) De sacarle los ojos. Sí, porque con su informalidad la pone á usted en un ridículo espantoso. Yo lo siento tanto como usted, y estoy pensando que... (Pausa.)

VICENTA

(Con gran ansiedad, reparando en todas las partes del hermoso vestido.) ¿Qué, hija mía?

MARIA

(Gozando con la ansiedad de Vicenta.) Pienso... que con este traje estaría usted encantadora, Vicenta.

VICENTA

¡Oh, sí...!

MARIA

¡Y qué golpe daría usted si con él se presentara en el baile! Usted imagínese la grandiosa decoración del parque y jardines... los focos eléctricos, que darán á las mujeres bien vestidas un aspecto ideal, fantástico... y por fondo el follaje verde, salpicado de luccecitas...

VICENTA

(Entusiasmada.) ¡Oh, incomparable! Creerían que es el vestido que encargué á Madrid... María, amiga del alma, ¿es cierto lo que sospecho? Me dice el corazón que usted, con su generosidad sin ejemplo, se digna prestarme... (María hace signos afirmativos, lentamente.) ¡Oh, qué alegría! ¿Con que...?

MARIA

(Empezando á ponerse grave.) Hay algún inconveniente.

VICENTA

¿Cuál?

MARIA

Yo le prestaría á usted con mucho gusto mi traje... pero... si luego me lo ven á mí, ¡qué dirán!

VICENTA

(Desconsolada.) ¡Ah, sí...! no había caído...

MARIA

No debo prestar á usted mi vestido, no... Pero... por otro medio podría lucirlo. (Pausa, expectación de Vicenta.)

VICENTA

¿Cómo?

MARIA

Comprándolo.

VICENTA

(Asustada, cruzando las manos.) ¡María!

MARÍA

Vendo esta ropa, que es absurda, irrisoria, en la humilde situación á que ha llegado mi familia. Mi padre es pobre, tan pobre que no lo son más los que mendigan en las calles. Ya no hay forma de disimular ni encubrir nuestra descarnada miseria...

VICENTA

(Compadecida.) ¡Pobre amiga de mi alma! ¡Qué pena!... Sí: compro el vestido... compro todo: traje, sombrero, abrigo... Pero ello ha de ser para ponérmelo y lucirlo esta noche.

MARÍA

Tiene usted tiempo

VICENTA

(Con gran impaciencia.) Pero no podemos descuidarnos.

MARÍA

Espérese un poco. Aún tenemos que estipular...

VICENTA

Naturalmente, el precio.

MARIA

Que no puede ser corto. Usted, señora rica y de buen gusto, puede apreciar... Fíjese bien: este traje es de Redfern, el primer modisto de París...

VICENTA

Ya se conoce.

MARIA

Rue de Rivoli, 242. Viste á la Emperatriz de Rusia y á la Reina de Inglaterra.

VICENTA

Y será carísimo.

MARIA

Usted figúrese... Mis padres encargaron y pagaron estos lujosos trapos dos meses há, cuando ya eran pobres, casi miserables. Lo que ellos dieron entonces á la vanidad, justo es que la vanidad se lo devuelva.

VICENTA

Amiga mía, me hago cargo de las circunstancias, y sé que me obligan á ser generosa. Fije usted un valor razonable, teniendo en cuenta que es prenda usada, y no regatea-

remos. (Impaciente porque María se quite el vestido.) Y ahora... Porque los instantes vuelan, María. El precio y pago lo arreglaremos mañana.

MARIA

Perdone usted, Vicenta. Los malditos *mañanas*, causa de tantos desórdenes, están abolidos...

VICENTA

¿Por quién?

MARIA

Por mí. Me propongo cambiar radicalmente mi modo de ser. Ya no soy aquélla, soy otra. La gravedad, la urgencia del caso exigen que esta noche quede todo resuelto y concluído: la entrega de la ropa, el pago, etc... No he de ser exigente. De lo que costaron á mi padre este rico traje y sus accesorios... ya usted ve: todo nuevecito... sólo una vez me lo puse en Madrid,... rebajo la mitad.

VICENTA

Bien.

MARIA

Si usted quiere lucirlo esta noche haciéndolo pasar por el que encargó á Madrid, tiene que darme...

VICENTA

¿Cuánto?

MARIA

(Con energía.) No mañana, mañana no, esta noche misma, ahora, corra usted á su casa, que está bien cerca, dos pasos, y tráigame... cuatrocientos duros.

VICENTA

(Confusa, sin saber qué hacer.) Pero... verá usted... el caso es que esta noche... Naturalmente, no voy á decirle á Nicolás... Quizás se opondría.

MARIA

Pues entonces, no hay trato.

VICENTA

Mañana, amiga mía... ma...

MARIA

(Cortándole el concepto.) No hay amiguitas, ni carantoñas, ni mañanas, ni nada de eso. ¿No sabe usted que soy de bronce?

VICENTA

Ya lo veo, ya... Pero... No sé cómo arreglarlo... (Con una idea salvadora.) ¡Ah! Si usted

se aviere á recibir esta noche la mitad, un poquito menos... Sin enterar á Nicolás ni á nadie, puedo disponer ahora mismo de unas novecientas pesetas.

MARIA

Acepto, siempre que usted me dé formal promesa de entregarme el resto antes de las veinticuatro horas... mil cien pesetas.

VICENTA

Justas y cabales. Pero no perdamos tiempo... Corro á casa... Nicolás, á quien dije que iríamos juntas, ya está allá. Luego le diré: "¿no sabes? llegó el vestido...„ Y mañana le cuento... En fin, yo lo arreglaré... tardaré tres minutos... Que cuando yo venga, esté usted despojada... ¿Subiré á su casa?

MARIA

No: espéreme aquí. (Se quita el abrigo y sombrero.)

VICENTA

A prisita, á prisita, para que yo tenga tiempo... (Vase corriendo por el patio.)

ESCENA V

MARIA, CIRILA; después DON PEDRO, dentro.

CIRILA

(Deteniendo á María que se dirige á la escalera, llevando en la mano sombrero y abrigo.) No subas: tu papá, inquieto y desvelado, con el torbellino de sus ilusiones, no hace más que pasear por toda la casa, y á ratos sale á la galería alta.

MARIA

(Indicando la glorieta, junto á la escalera.) Pues aquí mismo. (Entrega á Cirila el abrigo, el sombrero.) Sube corriendo y traeme un *peignoir*. Si te preguntan... di... cualquier cosa, que lo piden la Alcaldesa y su hermana para modelo.

CIRILA

Voy. (Presurosa sube á la casa.)

MARIA

(Sola desabrochándose.) ¡Qué agradecida estoy á ese hombre! Su negativa me ha puesto en el verdadero camino. (Oyese la voz de Don Pedro, que en la galería alta llama.)

DON PEDRO

¡Cirila, Cirila!

MARIA

(Con voz muy queda, gozosa.) Señor Marqués, señor papaíto, ya tenemos dinero.

DON PEDRO

¿Pero dónde se mete esa...?

MARIA

Y sin pedir nada á nadie.

CIRILA

(Baja rápidamente con la prenda pedida.) Aquí está. (Señalando la galería alta hacia el fondo.) Ya se ha cansado de llamar; ya se va.

MARIA

(Cogiendo el *peignoir*.) Dáme. (A Cirila que fija la vista en la reja y puerta de la casa de León.) ¿Qué miras?

CIRILA

Parecióme ver los ojos del hombre negro acechando tras de la reja.

MARIA

Ilusión tuya. (Entra en la glorieta. Cirila le desabrocha el vestido.) Nadie más que tú verá el nacimiento de la mujer nueva. (Gozosa.) Cirila, abrázame.

CIRILA

¿Estás contenta?

MARIA

¿No lo ves?... ¿No notas tú que el mundo todo se ha transformado? No, tú no lo notarás.

CIRILA

Es tu alegría.

MARIA

No: es el mundo que me sonríe y me dice: "Soy muy grande. Estoy lleno de tesoros... Ven, toma para tí lo que encuentres, que no sea de los demás. Recoge todo, recoge los átomos...„

CIRILA

Vaya, no delires tú ahora. (Ayudándola á cambiar de ropa.)

MARIA

(En la glorieta habrá un trozo de follaje, tras el cual se oculta María al desprenderse de la falda y cuerpo.) Es la sociedad que me dice: "Mírame: no soy toda egoísmo, no soy toda vanidad y mentiras. Estoy llena de virtudes: búscalas, y en ellas encontrarás la vida.„

CIRILA

Es tu ilusión de sustentar á la familia.

MARIA

Es Dios que me dice: "Soy la voluntad que hizo el mundo. A tí te dí la existencia, y por redimirte sufrí martirio. Adórame Redentor y mártir... Adórame también Creador.„ (Vuelve Vicenta presurosa por el fondo. Busca á María en el sitio donde la dejó. De la glorieta sale María completamente transformada.)

ESCENA VI

MARIA, VICENTA, CIRILA.

CIRILA

Aquí, señora.

VICENTA

(Llega junto á María y le entrega los billetes.) Aquí está. Cuéntelo...

MARIA

(Toma los billetes sin mirarlos.) Gracias, amiga mía.

VICENTA

¿Y cómo no ha subido usted?...

MARIA

No conviene que se enteren. No pierda usted tiempo, Vicenta.

VICENTA

(Muy impaciente.) Sí: me vestiré al instante. (Recoge la ropa.)

MARIA

(Coge la mano de Vicenta y la retiene entre las suyas.) Ahora, júreme por la salud de sus hijos que me dará lo restante...

VICENTA

Antes de las veinticuatro horas.

MARIA

Júreme también que me guardará el secreto.

VICENTA

Mi marido y mi hermana tienen que saberlo.

MARIA

Pero nadie más... Júremelo.

VICENTA

Nadie más. Por la salud de mis hijos.

MARIA

Bueno: adiós. ¿Lleva usted todo?

CIRILA

Cuerpo, falda... (Le va entregando todo.)

MARIA

Sombrero, abrigo...

VICENTA

(Recogiendo todo cuidadosamente.) Está bien.

MARIA

Estará usted...

VICENTA

(Con entusiasmo.) ¡Oh, elegantísima! Adiós. Hasta mañana. (Vase corriendo.)

CIRILA

(Después de mirar por la escalera.) Podemos subir. Tu papá se ha retirado. Nos meteremos en mi cuarto.

MARIA

Sí. (Contemplando los billetes.) Dinero de mi pobreza, ya estamos aquí frente á frente tú y yo... ¿Qué quieres decirme al venir á mí? Que desde que te inventaron los hombres eres muy malo, y que por malo te han puesto innumerables motes injuriosos... que revuelves todo el mundo y originas infinitos desastres... ¡Ah! ya veremos eso... Conmigo no juegas. ¡No sabes tú en qué manos has venido á parar!... ¿Serás bueno, eh?... Seremos amigos. (Los besa y los guarda en el seno.)

CIRILA

Vámonos ya.

MARIA

Un momento. (En el centro de la escena, vuelta hacia la casa de León.) ¡Maestro...!

CIRILA

No responde... No hay nadie.

MARIA

Hablo con su espíritu, mujer. (Alzando más la voz y mirando siempre á la izquierda.) Ya no soy aquélla... soy otra.

CIRILA

(Asustada.) Cállate, niña mía...

MARIA

No puedo. Déjame expresar mi alegría, mi gratitud... Maestro, buenas noches. (Dirígese á la escalera con paso ligero.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

Sala baja en el palacio de Alto-Rey. En el fondo dos grandes rejas por las cuales se ve un patio con árboles separado de la calle por un muro bajo ó empalizada. A la izquierda, puerta por donde entran los que vienen de la calle. A la derecha, puerta grande que comunica con el interior.—Mesa grande á la derecha, con cajón practicable; á la izquierda otra mesa sobre la cual hay piezas de puntilla y cajas de flores artificiales, pasamanería. Parte de estos objetos están á la vista, fuera de las cajas. Debajo de la mesa, más cajas. En el fondo grandes armarios antiguos, con puertas de nogal. En el ángulo de la derecha un perchero con ropa de María. Esta, junto á la mesa de la derecha, de perfil al público, toma nota de existencias. Viste con elegante sencillez; se cubre con un largo delantal. Cirila está mirando á la calle por la reja. Óyese lejano rumor de panderetas y cantos populares.

ESCENA PRIMERA

MARIA, CIRILA

MARIA

¿Pero qué bulla es esa?

CIRILA

Primer día de ferias. El pueblo quiere divertirse. (Dirígese á la mesa de la izquierda.)

MARIA

Sigamos. De puntillas quedan... dos cajas...

CIRILA

(Contando piezas de puntilla.) Dos, y estas cuatro piezas.

MARIA

Lástima no haber traído más.

CIRILA

Inspirada fué tu invención de esta granjería. Los tenderos de aquí traían un género anticuado, carísimo, y más falso que Judas... y tú, pidiéndolo directamente á la fábrica y contentándote con una ganancia corta...

MARIA

(Atenta á sus notas.) Doscientas doce. (Hace su apuntación en pie.)

CIRILA

(Suspendiendo el trabajo.) ¿Sabes, mi ángel, que es una maravilla lo que has hecho? En poco más de dos meses...

MARIA

Dos meses y algunos días desde aquella noche... Parece que fué ayer...

CIRILA

Cuando le vendiste á doña Vicenta tu ropa... ¡Ay, de rodillas debiera adorarte la familia! Mira que... Imposible parece...

MARIA

Vamos, Cirila, no te entretengas. Si no me ayudas, tendré que volver á ponerte en la cocina. (Pasa á la mesa de la derecha.)

CIRILA

¡Ay! no, no: déjame aquí. (Vuelve á su trabajo.) Por cierto que con la nueva cocinera están muy contentos los señores. Tu papá la llama *el jefe*. Esta mañana, á más del *rosbif*, ha traído Bernarda unas aves riquísimas, pavipollos que parecen bolas de manteca... un jamón de York... pasas de Corinto para hacer *plum pudding*... té superior... *foie-gras*... y vino blanco, de ese que llaman *Chablis*... (Pasa á la derecha.) ¿Pero no sabes, bobita? (Con misterio.) Quieren convidar á comer al señor de Corral.

MARIA

(Vivamente.) ¡A ese gaznápiro insufrible! ¡Vaya que es gana de contrariarme! Sabiendo mi antipatía, mi repugnancia.

ESCENA II

Las mismas; MENGA. Mozuela del pueblo, vendedora en la plaza. Viste pobremente; trae al brazo un gran cesto con sus variadas mercancías; en la mano un palo-tarja. Su hablar es áspero y descarado.

MENGA

(Por la izquierda.) ¿Há lugar, muesama?

MARIA

Adelante, Menga.

MENG

Si quié que ajustemos la cuenta... (Saca el bolsón mugriento.)

MARIA

Vamos allá. (Se sienta. Saca del cajón de la mesa una cestilla con dinero y un papel.)

MENGA

Léame la apuntación, á ver si hay conformidá.

MARIA

Tienes que darme: pesetas...

MENGA

(Vivamente.) ¡Noramala con las pesetas! ¡Cuénteme por benditos riales!

MARIA

Pues cuatrocientos ochenta reales. Bien clarito está.

MENGA

No, muesama.

MARIA

¿Que no? Pues haz tú la cuenta.

MENGA

Cuenta clara. (Mirando el palo en que tiene hecha la cuenta por cortaduras á navaja.) Sesenta piezas.

MARIA

Sesenta piezas.

MENGA

A siete y medio. Pus son: cuarenta dieces, más cuatro cincos, que hacen veinte,

menos sesenta medios riales. Esto sí que es claro.

MARIA

A ver. (Mirando la tarja.) Ya... es que tú te descuentas tu corretaje...

MENGA

¡Pus no!

MARIA

¡Pero si del corretaje te llevo yo cuenta aparte! (Saca otro papel.) Toma: treinta reales (Se los da.)

MENGA

(Coge su dinero. Saca del bolsón billetes y plata.) Cuentas claras: cuarenta y cinco dieces, más seis cincos... Ahí tiene... Ahora, deme (Sacando cuenta mental, ayudada de los dedos) veinte piezas, y otras veinte, y cinco más.

CIRILA

Cuarenta y cinco. Toma. (Se las va contando.)

MENGA

Las aldeanas no quién otra cosa. Yo les digo que to l' señorío de Madril lo gasta, la Reina mesmamente en sus camisolines... y

que lo train de unas fráicas nuevas de las Alemañas, ó del quinto infierno.

MARIA

No te quejarás, Menga: bien te doy á ganar.

MENGA

No hay queja, muesama. Pero vea: siete bocas tengo que tapar: mi madre, mi güela de padre, mi güelo de madre, y cuatro sobrinos mocosos, tamaños así.

MARIA

Pero tú ganas mucho. Eres gran comercianta.

CIRILA

Pues no llevas aquí poco material. (Mirando el contenido del cesto.)

MARIA

¿Qué vendes, á más de la puntilla?

MENGA

(Mostrando sus mercancías.) Poca cosa: vendo cangrejos, peines, cuerdas de guitarra, aleluyas para los chicos, y velas para los difuntos.

CIRILA

¡Ay, qué allegadora!

MARIA

Dios la protegerá. (Entra Vicenta por la izquierda.)

ESCENA III

Las mismas; VICENTA

VICENTA

¡Queridísima...!

MARIA

¡Oh, Vicenta...! (Se levanta. Alegre va a su encuentro.) ¿Qué hay, qué noticias me trae?

VICENTA

(Con entusiasmo.) Hija, las flores y pájaros para adorno de sombreros han tenido una aceptación colosal. ¡Qué feliz idea! No llegaban acá más que porquerías anticuadas... Me ha dicho Josefita que se queda con todo, y que le mande usted la factura.

MARIA

Bien. (Destapa cajas y le muestra más flores y otros objetos.) Tengo más, mucho más... Mire, mire: aquí más flores... pájaros lindísimos... Aquí cascos de paja... ¡Vea usted qué cosa más elegante!

VICENTA

(Con grande admiración.) ¡Oh, qué maravilla!

MARIA

(Sigue mostrando.) Vea la encajería para adorno de vestidos.

MENGA

(Acercándose con Cirila y admirando aquellos primores.) Miá, miá, lo que trujo pa las señoras de acá... ¡Hale con ellas, muesama, y engáñelas y sáqueles la enjundia, que son bien ricachonas!

VICENTA

Ha tenido el talento de adivinar los adelantos de esta villa...

MENGA

¡Qué no discurrirá ésta, si tié los dimonios en el cuerpo!

CIRILA

Los ángeles tiene, que no demonios, bruta

MENGA

Lo mesmo da... que hay dimonios del Cielo.

CIRILA

¡Jesús, qué blasfemia!

MENGA

O angelicos de los infiernos... Dígolo porque ésta paiz un dimonio, y es, como quien dice, santa... Ea, dame lo mío.

CIRILA

(La va cargando de piezas.) Santa es: no lo sabes tú bien.

MENGA

(Acomodando su carga en el cesto y en la cabeza.) Echa más... ¡Arre ahora!

MARIA

¡Adiós Menga, ricachona!

MENGA

(Abrumada con su carga.) Adiós, Santa Mariucha. (Vase por la izquierda.)

MARIA

(A Cirila.) No te necesito por ahora. Acompaña un ratito á mamá. (Vase Cirila por la derecha.)

ESCENA IV

MARIA, VICENTA.

VICENTA

Josefita colocará desde luego parte de estos primores. Ha estado usted felicísima. Agramante será dentro de poco un pequeño Madrid. Como dice Nicolás, la ola del lujo avanza, avanza...

MARIA

Tendrá Josefita muchos encargos.

VICENTA

Como que se verá muy mal para poder cumplir. Ya sabe usted que para la inauguración del nuevo teatro tendremos aquí la compañía del Español. Nos abonaremos... todo el señorío.

MARIA

Y venga lujo, vengan flores y encajes... y sombreros grandísimos, que son lo más propio para teatro.

VICENTA

Lo más elegante.

MARIA

Así da gusto ver las butacas, hechas un bosque de plumas.

VICENTA

En nuestro lindo coliseo, desplegará la aristocracia agramantina un lujo... (Sin recordar el adjetivo.) ¿Cómo se llama al lujo?... ¡Ah! inusitado.

MARIA

¡Bien por Agramante!

VICENTA

Y ahora, otra cosa. (Se sienta frente á ella.) Y esto que voy á decirle, querida mía, es un cantico desagradable...

MARIA

(Alarmada.) ¿Qué, Vicenta?

VICENTA

No, María, no es para asustarse... Soy su mejor amiga; me intereso mucho por usted, y quiero prevenirla de ciertos rumores...

MARIA

(Serena.) ¿A ver, á ver?... ¿Qué dicen de mí?

VICENTA

Naturalmente, todo el mundo encuentra muy extraordinario, encuentra inverosímil que una mujer sola pueda...

MARIA

¿Levantar del suelo á una familia, sostenerla en una pobreza decorosa?... ¡Vaya con el milagro! ¿Y de esto se asombran?

VICENTA

Se asustan, se escandalizan. Este compra y vende de una señorita noble, hija de Marqueses, no está en nuestras costumbres.

MARIA

Ni ello les cabe en la cabeza á estas mujercitas encogidas y para poco... Como si lo estuviera oyendo, Vicenta... dirán que una mujer no puede ganar dinero...

VICENTA

Honradamente. Se lo digo á usted con toda esa crudeza para que se indigne.

MARIA

No, amiga mía: si no me indigno.

VICENTA

¡Y se queda tan fresca!

MARIA

Cuando me determiné á sacar á mis padres de la miseria, por los medios que usted conoce, ya conté con que me habían de tomar por loca, ó por otra cosa peor... y fortifiqué mi alma contra esos ataques... que no podían faltar.

VICENTA

¿De modo que usted no teme...?

MARIA

¿A lo que llaman la opinión, á la falsa crítica, á la mentira maliciosa? No la temo. Todo es pura espuma, y yo soy roca.

VICENTA

Dios la conserve á usted en esa fortaleza y serenidad.

MARIA

Con ellas me va muy bien: nadie viene á turbarme...

VICENTA

¿Nadie? (Picaresca.) Eso no es verdad; que por ser usted mujer de tanto mérito, no le falta el asedio de pretendientes, alguno tan enfadoso como el pobre Corral...

MARIA

¡Mentecato como ese!

VICENTA

Loco está por usted, y á los desdenes responde con mayor exaltación... La verdad: yo, en el caso y en las circunstancias de usted...

MARIA

(Imponiéndole silencio.) No siga, Vicenta, se lo suplico... y hablemos de otra cosa. (Transición rápida á las ideas alegres.) Hablemos de esto, de mi lindo comercio. ¿Sabe usted que tengo que ver á Josefita y acordar con ella plazos, precios...?

VICENTA

Iremos juntas. Yo también tengo que verla. ¿Vámonos ahora?

MARIA

Dentro de un rato, si le parece bien.

VICENTA

(En actitud de despedirse.) Viene usted á mi casa, ó llama desde el balcón... (Recordando.) ¡Ah!... Otra cosa: ya decía yo que se me olvidaba lo más importante... Esta tarde empiezan las fiestas de la Virgen de las Mieses... Es la locura de Agramante. Mañana y pasado, gran baile popular en el campo que rodea el Santuario, al pie del monte. Es costumbre de las señoras principales, en días tan alegres, sacar de las arcas los mantones de Manila...

MARIA

¿Y bailan?

VICENTA

Baila sólo el pueblo. Nosotras organizamos meriendas, paseamos en el bosque, nos reunimos las amigas, formamos corros...

MARIA

¡Oh, sí!... Un rato de expansión, al aire libre, entre personas amables, me agradará mucho...

VICENTA

Pues allá nos vamos. Yo tengo mantones...

ESCENA V

MARIA, VICENTA; LEON, por la izquierda.

LEON

(En la puerta, gozoso, gallardo, descubriéndose.) Saludo á María, estrella de la mañana, torre de marfil, asiento de la sabiduría.

MARIA

Ora pro nobis. (Riendo.) ¡Cómo viene hoy! (Ocupa su sitio en la mesa.)

VICENTA

(Aparte.) ¡Jesús, qué saludos tan poéticos usa este hombre carbonífero!

LEON

Señora Alcaldesa, Dios la guarde. (A María.) Hoy, más que ningún día, anhelaba yo venir á tomar sus órdenes.

VICENTA

(Aparte.) ¡Y entra aquí como en su casa! Pues yo no me voy sin enterarme... (Retirándose á la izquierda.)

MARIA

No se aparte usted, Vicenta. Todo lo que hablemos León y yo puede usted oirlo.

LEON

Tratamos de negocios. (Saca una voluminosa cartera y la pone en la mesa.) Señora Alcaldesa, acérquese usted. Aquí no hay secreto, porque los arrebatos de mi admiración por esta señorita sin par, de nadie los recato... quiero que sean públicos.

VICENTA

Y lo serán... Ya empiezan á serlo.

MARIA

Vaya, vaya, tenga juicio.

VICENTA

(Maliciosa.) Creo haber oído... que María debe á usted sus conocimientos mercantiles.

LEON

No merezco el honor de llamarme su maestro. Si esto se dice, será porque algún ejemplo de mi azarosa vida le sirvió de lección saludable. De aquellos ejemplos ha sacado su ciencia; de su ciencia, sus triunfos y la reparación de su casa y familia.

VICENTA

¿Es cierto, amiga mía?

MARIA

Cierto será cuando él lo dice, Vicenta.

VICENTA

Bien. (Á León con picardía.) Sabe mucho su alumna.

LEON

¡Que si sabe! (Observando á María, que sonríe.) Vea usted esos ojos, que penetran en toda la realidad humana.

VICENTA

¡Los ojos!... Esa es la ciencia que á usted le fascina, señor mío.

MARIA

No le haga usted caso, Vicenta. Hoy le desconozco: el hombre más aplomado y más sereno del mundo, se nos presenta como un cadete sin juicio... ¿Qué le pasa á usted hoy?

LEON

Me pasa... Pues verá usted: hoy he despertado con una idea luminosa, que repentinamente brotó en mí como una inspiración. Pensé...

MARIA

(Con gran interés, levantándose y pasando al centro.) ¿A ver, qué ha pensado el hombre?

LEON

Muy sencillo... Pienso... como si Dios murmurara en mi alma... pienso que después de tanto penar, después del largo espacio de soledad y afanes en mi trabajosa vida, ya merezco el descanso, la alegría. Acábese mi Purgatorio y denme el Cielo, que ya tengo bien ganado.

VICENTA

¿Y quién es usted para decir y afirmar que lo merece ya?

MARIA

Eso sólo Dios lo decide.

LEON

Pues... á eso voy. Creo que Dios ha decidido mi indulto.

MARIA

¿En qué se funda para creerlo así?

LEON

En que... hoy, hoy ha dispuesto Dios... algo que estimula mis esperanzas. Y al hacerlo así, me ha dicho...

VICENTA

¿Dios?... ¿Pero habla Dios con los comerciantes?

LEON

Alguna vez... Pues me ha dicho... "Pobre alma, acábese tu suplicio... ven... llama á la puerta de mi Cielo... No faltará un ángel que te abra...„

VICENTA

¿Y ha llamado usted?

LEON

Voy á llamar.

VICENTA

(Aparte.) Sin duda estorbo para el llamamiento... Pero aquí me planto.

MARÍA

(Queriendo variar de conversación.) En fin, loquinario, ¿viene usted ó no á que pongamos en orden nuestras cuentas?

LEON

No... Digo, sí... vengo á eso... y á otra cosa. Empecemos por las cuentas.

VICENTA

(Apartándose.) ¡Ay, ay, ay! Estas cuentecitas... me parece á mí que es el diablo quien las arregla.

LEON

(Saca de su cartera un papel.) Liquidación de azulejos.

VICENTA

¿Qué, también vende alfarería? En el nombre del Padre...

LEON

Alfarería y cerámica superior. ¿A qué ese asombro? Mi discípula pidió á Sevilla dos partidas de azulejos: la una superior, con reflejos metálicos... la otra ordinaria. A mí me dió el encargo de colocarlas... ¿Pero no ha visto usted el zócalo del nuevo salón del Ayuntamiento?

VICENTA

Y los portales de las casas nuevas... sí.

LEON

(A María.) La clase superior se ha vendido ya totalmente. La otra ya irá saliendo. Liquidaremos las dos...

MARIA

No: liquidemos sólo la partida realizada.

VICENTA

(Aparte.) Estas partiditas y estas liquidacioncitas... ¡ay! (Suspira.)

LEON

(Saca billetes de su cartera.) Son ochocientas treinta y dos... Rebajadas las letras de Aguiló Hermanos, Pasamanería, que pagué, resultan...

MARIA

(Después de hacer rápida cuenta.) No tiene usted que darme más que cuatrocientas catorce, con diez céntimos.

LEON

Hija, no: seiscientas veintiocho.

MARIA

¿Y su comisión, no la descuenta?

LEON

Deje usted. Otra vez será.

MARIA

No, no. ¡Lucido está el maestro! ¡Vaya un ejemplo que me da!... No hacemos más tratos si no descuenta ahora mismo..

LEON

Bueno, bueno: no riña. (Contando.) Cuatrocientas catorce... No discuto con usted nin-

guna de las formalidades mercantiles, y tomo lo que, según convenio, me corresponde. Esto no quita para que esté dispuesto ahora y siempre á dar á usted mi hacienda toda mi vida, y mil vidas si mil tuviera

VICENTA

(Aparte.) ¡Ay, Dios mío, esto está perdido!

MARIA

Pues con esto, unido á lo que me trajo usted ayer por las vajillas de porcelana superior y la cristalería de Bohemia (Contando en la cesta del dinero) ...y otras cosillas, tengo en mi caja más de dos mil pesetas... Verdad que hay aquí un ingreso... (Picaresca.)

LEON

¿De qué?

MARIA

¡Curiosón!... Esto es una partida secreta... un dinerito que me ha caído del Cielo. No puedo decir más.

VICENTA

(Aparte maliciosa.) ¡Qué cielo será ese, Señor, de donde caen estos dineritos!

MARIA

Bueno, bueno. Pues lo que debo á usted sigo pagándolo en partiditas... Abóneme otras trescientas pesetas. (Se las pone delante.)

LEON

¿De veras no las necesita? Antes que los principios, está la conveniencia de usted.

MARIA

(Insistiendo.) No, hijo: cuando digo que...

VICENTA

(Aparte.) ¡También le presta dinero!

LEON

(A Vicenta.) Estos son negocios, esto es ley y mutuo auxilio comercial, señora Alcaldesa.

MARIA

Llevamos nuestras cuentas con todo rigor.

LEON

Aquí no hay engaño ni misterio. Señora mía, está usted en la casa de la sinceridad, de la honradez más pura.

VICENTA

Sí, sí... Pero estos tratos y combinaciones...

LEON

(Con brío.) A gritos los digo yo en medio de la calle. Y puesto á descubrir mi alma, gritaré también que quiero á María, que la quiero con amistad, con respeto, con amor: la trinidad del querer...

MARIA

(Riendo.) ¡Qué sutil y qué hiperbólico, Dios mío!

VICENTA

¿Pasión tenemos?... Ya dije yo...

LEON

Culto fervoroso que no quiere ni debe ocultarse.

MARIA

Basta ya... Cállese la boca. Sea usted discreto.

LEON

No puedo callar. La realidad presente me ordena la indiscreción.

MARIA

(Confusa, turbada.) ¿Qué realidad es esa que ayer no existía y hoy sí?

LEON

Ha llegado la ocasión de que todos los buenos afrontemos la verdad de la vida, y despreciemos todo artificio por imponente que sea.

MARIA

(Con gran confusión.) ¿Qué dice?... ¿qué pasa?

LEON

Cualquier suceso inesperado abre á la voluntad humana caminos nuevos.

VICENTA

Ya, ya. (Con pretensiones de agudeza.) Crisis comercial... ¿no es eso?

LEON

Sí, señora... crisis.

MARIA

¿Crisis en el comercio de usted ó en el mío?

LEON

En los dos... No, no: en el de usted.

VICENTA

Subida inesperada en el precio de los artículos.

LEON

Sí... Artículo hay que ha estado por los suelos, y ahora sube, sube...

MARIA

No entiendo...

VICENTA

Y vendrá la quiebra.

LEON

Para impedir la ruína de mi amiga, le propongo mi apoyo comercial.

MARIA

¿Cómo?

VICENTA

Es muy sencillo... asociándose...

LEON

Propongo un negocio comanditario... sobre nuevas bases... Formulado lo traigo aquí. (Saca de su cartera un pliego sellado.)

MARIA

(Con gran curiosidad, tomándolo.) A ver, á ver... (Trata de abrirlo.)

LEON

No, no: la índole delicada de este nuevo negocio exige que usted no se entere de él hasta que pueda consagrarle toda su atención... en la soledad.

VICENTA

Ya... estorbo.

MARIA

No. (Persistiendo en su confusión.) ¡Si no es amor, Vicenta: es...!

VICENTA

¿Que no? Abra usted y lea.

LEON

Ahora no.

VICENTA

¡Si bien claro lo dijo antes! Huído del Purgatorio, se atreve á llamar á las puertas del Cielo.

LEON

He llamado, sí... ¡y con alma!

VICENTA

Me parece que no le abrirán, señor mío. (Mira alternativamente á Leon y á María. Pausa. María mira al suelo, á León; mira la carta. Con los ojos expresa todo: alegría, expectación, miedo de dar á conocer sus sentimientos ante su amiga.)

LEON

(Que ha recogido rápidamente su cartera y sombrero.) Si no me abren, si soy despedido, volveré al lugar de suplicio y expiación. Sé padecer; conozco el dolor; viviré recogido y encerrado en el desconsuelo infinito... sin que por eso flaquee mi fe cristiana. Siempre diré: Dios en las alturas, María en la tierra. María es la paz; María es la esperanza, la flor y el fruto de todo bien... (Se retira hacia la izquierda.) He llamado y espero. (Hace ligera reverencia y se va. María le sigue con la mirada. Permanece absorta.)

ESCENA VI

MARIA, VICENTA; después CIRILA.

VICENTA

(Mirándola con severidad.) Lea usted... lea para sí. Hágase cuenta de que está sola.

MARIA

(Vencida de la curiosidad, rasga el sobre; desdobla con febril mano el papel, y lee rápidamente.) "En previsión de una crisis próxima...„ ¿Ve usted? no es nada. Cosa de política, de comercio...

VICENTA

Amiga querida, estoy asustada. Preveo cosas muy graves.

MARIA

¿Por qué?

VICENTA

Ya sabe usted cuánto la quiero. Lo que he visto y oído aquí paréceme un principio de grandes desastres.

MARIA

(Abrasada de curiosidad, vuelve á desdoblar la carta.) Permítame un instante. (Lee para sí.) "Crí-

sis de familia...„ (Se interrumpe al oir la voz de Cirila; vuelve á replegar la carta.)

CIRILA

(Entrando por la derecha.) Los señores Marqueses bajan ahora.

VICENTA

Yo me voy. (Retrocede.) Hemos quedado en ir juntas á la romería. Vendrán conmigo las de González. Por Dios, María, que no se arrime á usted ese hombre, que no caiga en la estúpida presunción de acompañarla...

MARIA

(Sin oir lo que dice.) Bien... sí... Hasta luego, amiga mía.

VICENTA

Adiós.

MARIA

(En cuanto la ve salir, lee rápidamente saltando de una carilla á otra.) "Este inmenso amor mío, hijo de la adversidad, tiene de su madre la firmeza y la esperanza...„

CIRILA

(Mirando por la derecha.) Ya vienen...

MARIA

(Lee saltando.) "Soy incandescente. Ardo: no me consumo. Siempre espero. (Saltando.) ...alma superior, fuerte... La vida armónica... eficaz. (Repliega la carta y la esconde al sentir la voz de su padre.)

ESCENA VII

MARIA, CIRILA, DON PEDRO, FILOMENA, DON RAFAEL.

DON PEDRO

Hijita del alma, los ratos que nos roban tus quehaceres nos parecen siglos.

FILOMENA

Y siglos de tristeza, porque debemos decirte...

DON RAFAEL

¿Qué?... ¿Ya empiezan á reñirla?

DON PEDRO

¿Quién habla de reñir? Adorada Mariucha, tus ideas de mujer entendida y laboriosa han sido el remedio de nuestra desdicha. Pero...

FILOMENA

Te agradecemos en el alma lo primero que hiciste por nosotros...

DON PEDRO

La venta de tu ropa de lujo nos pareció un rasgo de cariño filial. Lo demás...

MARIA

¿Lo demás qué...?

DON RAFAEL

Lo diré yo. Es que no pueden habituarse... cuestión de sangre, de nacimiento... no se acomodan á estos menesteres mercantiles.

MARIA

Bah, bah. (Acariciándoles.) Por Dios, queridos papás, reflexionad en lo que consumimos; y si habéis pensado mejor arbitrio para vivir decorosamente, decídmelo... Pero ahora no. (Impaciente.) Estoy de prisa.

FILOMENA

¿Tienes que salir?

MARIA

Voy con Vicenta á casa de Josefita.

DON PEDRO

Ya... Pues vete, vete.

FILOMENA

¿Volverás pronto?

MARIA

(En el ángulo de la derecha, quitandose el dé antal.) En seguida... Dime, papaíto: de las remesas de esperanzas que te hace mi hermano, ¿ha resultado algo positivo?

DON PEDRO

(Con tristeza.) Nada, hija mía.

MARIA

Ya ves que ni le han hecho diputado, ni le ha salido aquel negocio, ni nada...

FILOMENA

Pero en su última carta nos dice, con cierto misterio, que no tardarán en despejarse los horizontes.

MARIA

(Arreglándose.) No os fiéis de horizontes, ni de las nubes esperéis nada bueno. Miradme á mí, que quiero ser vuestro cielo, y más aún vuestra tierra. Dejadme que os gobierne, que os cuide, que os alimente... Sed modestos, sencillos, y no soñéis con grandezas alcanzadas por arte de magia. (Vuelve al centro ya vestida, el sombrero en la mano.) Mil veces os lo he dicho y hoy os lo repito. El noble arruinado no debe obstinarse en aparentar la posición perdida. Hágase cuenta de que se ha caído de la altura social, y al caer... naturalmente... cae el pueblo.... en el pueblo de donde todo sale y á donde todo vuelve.

DON PEDRO

¿Pueblo nosotros?... *Shocking.*

MARIA

(Expresión de incredulidad y burla en el Marqués y Filomena.) ¿No lo creéis, dudáis?... Pues no dudéis nunca del amor ni de la abnegación de vuestra hija.

FILOMENA

(Poniéndole el sombrero.) Sí, sí... No dudamos... Pero no te detengas, hija.

DON PEDRO

(Deseando que salga.) Lo primero tus asuntos.

MARÍA

No tardaré. (Indica á Cirila las cajas que ha de llevar.)

DON RAFAEL

(Aparte á María, junto á la puerta.) ¿Volverá usted pronto?

MARÍA

(Aparte á don Rafael, con vivo afán.) Sí: espéreme usted aquí, don Rafael. Tengo que hablarle.

DON RAFAEL

¿Cosa de importancia?

MARÍA

De inmensa importancia y gravedad.

DON RAFAEL

Aquí estaré. (Sale María, seguida de Cirila con cajas.)

ESCENA VIII

DON PEDRO, FILOMENA, DON RAFAEL.

DON PEDRO

(Esperando que se aleje.) Ahora, aprovechando su ausencia... (A Filomena, que se asoma á la puerta.) ¿Está lejos?

FILOMENA

Ya están en la calle... Registremos todo.
(Dirígense los dos á la mesa de escribir.)

DON RAFAEL

¿Pero qué hacen?

DON PEDRO

(Probando á abrir el cajón de la mesa.) Veamos si se encuentra aquí la clave de este misterio.

FILOMENA

(Dándole un manojito de llaves.) Prueba con estas llaves.

DON RAFAEL

Pero, señor Marqués...

DON PEDRO

Alguna habrá que sirva. (Probando llaves.) Esta no va... probemos otra.

DON RAFAEL

Permítanme que les diga...

DON PEDRO

Sí: que es cosa fea esta violación de cerraduras...

FILOMENA

Pero se trata de un sér adorado...

DON PEDRO

Que no queremos que se nos extravíe.

FILOMENA

Nos encontramos frente á un tremendo enigma...

DON PEDRO

(Probando otra llave.) A ver ésta... Señor don Rafael, el enigma es éste: ¿cómo se puede atender á las necesidades de esta familia, y pagar el colegio de los niños, vendiendo flores de trapo y jugando á las tiendas?

DON RAFAEL

Puede ser, cuando ella lo hace.

DON PEDRO

Pero de veras, don Rafael, ¿usted no duda?

FILOMENA

¿No sospecha...?

DON RAFAEL

(Con energía.) Ni sospecho ni dudo. Yo creo en María.

DON PEDRO

(Lanzando una exclamación de alegría al sentir que se abre la cerradura.) ¡Ah! (Tira del cajón.)

FILOMENA

¡Abierto! (Se aproxima con viva curiosidad.)

DON PEDRO

Venga usted, señor Cura, y examine...

DON RAFAEL

(Alejándose.) Yo no: soy confesor; pero no abro las conciencias con llave falsa.

FILOMENA

(Dando prisa á don Pedro.) Registra pronto, por si vuelve.

DON PEDRO

(Sacando con gran respeto la cestilla del dinero.) ¡Santa Bárbara, cuánto dinero! (Se asombra de su contenido.)

FILOMENA

(Mirando el dinero sin contarlo.) Pasa de quinientas pesetas...

DON PEDRO

(Contando á la ligera.) Doscientas... cuatro... seis... Y también mil... (Más asombrado.) ¡Y también dos mil!... Y aquí un sobre que contiene billetes. ¿A ver, qué dice aquí? (Lee el sobre.) "Dinero del Cielo."

DON RAFAEL

(Aparte.) ¡Ahora es ella!

DON PEDRO

Tanto dinero me pone en gran confusión.

FILOMENA

Y á mí.

DON RAFAEL

A mí no. Dios ha favorecido á la niña en sus negocios.

DON PEDRO

La legítima ganancia no puede ser tan grande.

FILOMENA

No nos hará creer don Rafael que Dios multiplica los billetes de Banco.

DON RAFAEL

¿No multiplicó los panes y los peces?

DON PEDRO

Amigo mío, no estamos en los tiempos bíblicos.

DON RAFAEL

En los tiempos bíblicos y en todos los tiempos, Dios hace lo que le da la gana.

FILOMENA

Y este dinero bajado del Cielo, ¿qué significa? Yo no lo entiendo.

DON PEDRO

Queridísimo Cura, ¿no comprende usted que hay misterio?

DON RAFAEL

Misterio habrá. Pero mi fe religiosa me ha enseñado á creer lo que no entiendo. Creo en María.

FILOMENA

(Á Don Pedro.) Sigue... A ver si los papeles nos aclaran el enigma.

DON PEDRO

(Pone la cestilla donde estaba. Saca papeles.) Cuentas... facturas...

FILOMENA

Lee.

DON PEDRO

(Leyendo.) "Letras pagadas por León... Saldo con León...„

FILOMENA

¿Y esto, don Rafael?... ¿Qué dice de esta ingerencia del carbonero en los asuntos de mi hija?

DON RAFAEL

(Imperturbable, paseándose.) Creo en Mariucha.

DON PEDRO

(Examinando otro papel.) Una cuenta de sus gastos... (Lee.) "Caja de puros *Henry Clay* para papá... la pensión de los niños... (Alzando la voz.) Pagado á León...„

FILOMENA

(Que también ha examinado papeles.) Y aquí: "Cobrado de León...„ Esto ya es demasiado.

DON PEDRO

(Repitiendo.) ¡Debido á León... entregado á León... recibido de León!... ¡Pero esto es una cueva de leones! (Se levanta indignado.)

FILOMENA

(Con disgusto.) Déjalo ya... tapa... cierra.

DON PEDRO

(Á Don Rafael.) ¿Qué significa la repetición de este maldito nombre en todos los apuntes, en todas las cuentas?

DON RAFAEL

No sé... Con leones y sin leones, creo en Mariucha; creo en la que ha sido y es imagen de la Providencia, mensajera de los consuelos que Dios envía á una desgraciada familia...

FILOMENA

¡Oh, quién pudiera creer...! (Oyense las voces de Corral y Bravo dentro.)

DON PEDRO

¡Si esa fe se nos pudiera comunicar!... ¡Ah! ¿Qué voces son esas?

ESCENA IX

DON PEDRO, FILOMENA, DON RAFAEL, CORRAL, BRAVO,

CORRAL

(En la puerta, ambos con grandes aspavientos de alegría, descubriéndose.) ¡Vivan los señores Marqueses de Alto-Rey!

BRAVO

¡Vivan...!

CORRAL

¡Viva el muy ilustre caballero, la nobilísima dama y la elegantísima señorita, el elegantísimo ángel..! (Notando la ausencia de María.) ¿Pero no está el ángel...?

BRAVO

¡Vivan todos, vivaaaan!

DON PEDRO

(En gran confusión.) ¿Pero qué es esto?... ¿Por qué tanto júbilo?...

DON RAFAEL

¿Os ha picado la tarántula? (Don Rafael lleva aparte á Bravo para interrogarle.)

FILOMENA

(Muy impaciente.) Explíquenos, Corral...

DON RAFAEL

(Aparte á Bravo, oída su explicación.) ¿Pero es verdad?

BRAVO

He visto los telegramas...

DON RAFAEL

¡Dios nos asista! Esta gente se va á volver loca.

CORRAL

(Á los Marqueses.) No les doy la noticia sino á cambio de una promesa.

DON PEDRO

(Vivamente.) Sí, sí... por prometido, por prometido.

CORRAL

Promesa, seguridad quiero de que han de influir en el ánimo del ángel de la casa... para que...

DON PEDRO

Bueno, bueno... se hará... Diga...

ESCENA X

Los mismos; el ALCALDE, MARIA, CIRILA, que entran por la izquierda.

ALCALDE

¿Qué...? ¿Se me han anticipado estos locos?

DON PEDRO

(Abrasado de impaciencia.) Alcalde, ¿qué hay?

ALCALDE

Que me debe usted una merienda en el campo. He ganado la apuesta.

DON PEDRO

¡Ah! (Quédase con la palabra atravesada en la garganta.)

FILOMENA

(Á María.) ¿Hija... qué?

MARIA

(Sin mostrar alegría, pero sin afectación de pena.) Queridos padres, vuestras esperanzas son realidad. Mi... (Iba á decir «mi hermano:» se corrige.) Vuestro hijo será antes de una semana... el esposo de Teodolinda.

DON PEDRO

¡Jesús!... ¡Oh!... (Quiere hablar y no puede. Queda como paralizado.)

ALCALDE

La noticia es de las que al modo de centella pueden herir. Por esto Cesáreo se sirve de mí como pararrayos. Vean los telegramas. Son de ayer: han venido con retraso. (Les alarga los telegramas. Filomena los arrebata.)

FILOMENA

Deme...

DON PEDRO

No, no... mentira... no creo... (Es acometido de una violenta perturbación nerviosa.)

FILOMENA

(Leyendo trémula, la voz cortada.) "Casamiento... lunes próximo... Teodolinda... abraza á sus padres... amorosa hija...„

DON PEDRO

(Alelado.) No creo... no creo... Millones de pesos... diez... Falso, falso... no existen... fantasía números... ilusión... mentira...

FILOMENA

(Mostrando los telegramas.) Pero, hijo, mira...

DON PEDRO

(Tiemblan sus manos; su mirada divaga. Cae en el sillón. Acude María á su lado.) Tele... telegramas mentira... de la elec... elec... tricidad. (Compungido, con amago de paralisis.) Quieren vol... volverme loco. Quieren ma... ma... tarme.

MARIA

Cree, papá, y alégrate.

DON PEDRO

(Abrazando á su esposa con infantil ternura.) ¡Filomena!

FILOMENA

Tanto padecer ha tenido al fin su término.

DON PEDRO

(Abrazando á su hija.) ¡Hija del alma, ángel del Cielo...!

MARIA

(En brazos de su padre.) Ya eres feliz, papaíto querido. (Entra Cirila con un vaso de agua.)

DON PEDRO

(Levántase y acude á ellos.) Don Rafael, Alcalde, Corral, Juez... ¿Pero es verdad?

DON RAFAEL

Sí: creo en María... (Corrigiéndose.) Creo en Cesáreo... (Se aparta con Bravo.)

ALCALDE

Dios no abandona á los buenos.

MARIA

(Ofreciéndole el vaso de agua.) Bebe un poquito de agua, y serénate. (Continúan María y su madre animándole con cariñosas expresiones. Forman grupo junto á una de las rejas del fondo.)

DON RAFAEL

(Con Bravo á la izquierda.) Con este inaudito casorio, que no sé si es obra de Dios ó del mismo diablo, tendremos al don Cesáreo de perpetuo cacicón, ó feudal amo de todo este territorio. (Se agregan el Alcalde y Corral.)

BRAVO

Sátrapa y mandón de Agramante para *in æternum*.

CORRAL

Ayer fueron inscritas en el Registro las Albercas.

ALCALDE

Y las pertenencias más ricas de Somonte son suyas.

DON RAFAEL

Y el aire, y el sol, y la luna... y nuestra respiración, y hasta las pulgas que nos pican. (Incomodado se aleja del grupo.)

DON PEDRO

(Que ha leído con infantil risa los telegramas.) Bien claro está. (Lee.) Saldré... recoger familia...

MARIA

Pero no dice cuándo.

FILOMENA

Será hoy, mañana...

DON PEDRO

Naturalmente, iremos á la boda... Ya creo, ya creo. (Su crisis nerviosa se resuelve súbitamente en una inquietud ó desvarío mecánico. Recorre la escena con paso inseguro; después en actitud gallarda y altanera.)

MARIA

(Siguiéndole.) Papá, ten calma...

DON PEDRO

(A Filomena, que también le sigue.) Inmediatamente, dispón los equipajes...

FILOMENA

Recogeremos todo. Puede llegar Cesáreo de un momento á otro...

DON PEDRO

¡Adiós, maldito Agramante; adiós, triste destierro...!

MARIA

Papá, no maldigas esta tierra de nuestro descanso.

ALCALDE

Lo que es alegría para ustedes es pesar para nosotros. Se van. (Don Pedro, María, Corral, Bravo forman grupo á la izquierda hablando de si se van ó no pronto. Filomena pasa á la derecha, donde está don Rafael meditabundo.)

FILOMENA

Ahora, mi venerable amigo, me toca á mostrar alegre, en premio de la alegría que dí á los pobrecitos enfermos, á quienes usted socorrió con mis ahorrillos...

DON RAFAEL

¡Mucho, mucho!... Pues se pusieron contentísimos, y se arreglaron, vivieron...

FILOMENA

¿Y eran enfermos graves...?

DON RAFAEL

Gravísimos, amiga mía... Socorrí á una familia en la cual estaban todos... ó casi todos, locos perdidos.

FILOMENA

¿Furiosos?

DON RAFAEL

Así, así... Eran más bien pacíficos.

FILOMENA

Pues ahora, en acción de gracias, el primer dinero que caiga en mis manos será para...

DON RAFAEL

(Con gracejo irónico.) Otro mantito para la Virgen...

FILOMENA

Y que será espléndido.

DON RAFAEL

¡Oh, sí: mucho, mucho! Manto bordado de perlas y esmeraldas, con una orla en que se repita esta dulce leyenda: *Creo en Ma-*

ría. (Filomena cruza las manos con emoción beatífica. Siguen hablando. Don Pedro continúa rodeado de todos en el otro grupo, rebosando satisfacción.)

CORRAL

Ahora, señor Marqués, como si lo viera, me le hacen á usted Embajador.

DON PEDRO

(Vanidoso, sin perder su dignidad.) No diré que no. Quizás lo aceptaría por complacer al Gobierno, y porque me conviene tomar las aguas de Carlsbad. (A María.) Y á tí te probarán muy bien las de Charlottenbrünn, en Silesia.

MARIA

¿A mí? ¡Si estoy reventando de salud! (Apartada de todos los grupos, se sienta junto á una de las rejas. Su actitud es de inquietud y melancolía.)

DON PEDRO

Y para tí, Filomena, están indicadas las de Teplitz, en Bohemia.

FILOMENA

No hagas proyectos, hijo, que ya es hora de sentar la cabeza.

DÓN RAFAEL

¿Y qué falta le hacen á usted embajadas, don Pedro?

DON PEDRO

En todo caso, alguna de las que no dan quebraderos de cabeza y son puestos de pura etiqueta: por ejemplo, la de San Petersburgo.

CORRAL

Vale más que le hagan á usted embajador en Agramante.

ALCALDE

En este territorio, sí, donde ha de tener Cesáreo tanta propiedad...

DON PEDRO

Ya puede mi hijo ir pensando en mejorar los cultivos. Yo tengo pasión por la agricultura. (Jactancioso.)

DON RAFAEL

¡Mucho, mucho! (Explicando don Pedro sus planes agrícolas van pasando al centro. María y Corral quedan á la izquierda.)

CORRAL

(Aparte á María.) Por última vez, Mariquita...

MARIA

¡Por última vez! Ya respiro.

CORRAL

Allá va mi... *ultimatum*...

MARIA

(Con fingida benevolencia.) ¡Ah! don Faustino. Mis padres pican ahora muy alto. Y si va papá, como parece probable, á la embajada de San Petersburgo, de fijo querrán casarme con un príncipe ruso.

CORRAL

¿Es burla?... ¡Ah, ingrata, ingrata!

DON PEDRO

María. (Acude María al grupo del centro.)

CORRAL

(Aparte, despechado.) ¡Bromitas á mí! Ya verá mi ángel las que yo gasto... (Caviloso, pasa á la derecha.)

DON PEDRO

Ya podéis ir preparando la merienda...

FILOMENA

De eso me encargo yo. ¿Cuántos...? (Don Pedro, María, Filomena y el Alcalde quedan á la izquierda ocupándose de la merienda. Pasan á la derecha Corral, Bravo y don Rafael.)

BRAVO

(A Corral.) Dese usted por muerto, Faustino.

DON RAFAEL

Tu papel ya no es cotizable.

BRAVO

(Zumbón.) Han bajado horrorosamente los brillantes... Y yo pregunto: ¿continuará en alza el carbón?

DON RAFAEL

(Indignado.) ¿Qué decís ahí, farsantes, envidiosos? (Indignado, se retira.)

BRAVO

(Solo con Corral.) Don Cesáreo se encargará de dar un corte á esta ignominia... Sólo que... me temo que llegue tarde.

CORRAL

Para que llegue á tiempo, estoy yo aquí, que madrugo... Ya estoy pensando el telegrama que voy á poner... esta misma tarde.

DON PEDRO

(Contestando á Filomena.) No, no... no me conformo con invitar á los presentes.

MARIA

¿Pues á quién...?

DON PEDRO

Convido á todo el Ayuntamiento, á los Juzgados de primera instancia y municipal, á la oficialidad de la zona, á la Guardia civil, á los maestros de las escuelas públicas, al clero parroquial...

FILOMENA

¡Hijo, por Dios...!

DON RAFAEL

Déjele usted. Dios á todo proveerá. (Oyese rumor lejano de alegría popular: voces, guitarras, panderetas.) Ya comienza el festejo.

DON PEDRO

Alegría del pueblo, eres mi alegría.

ESCENA XI

Los mismos; VICENTA, SEÑORA y SEÑORITAS DE GONZALEZ. Las cuatro con mantón de Manila y claveles en el pelo. Una de las señoritas trae un manojo de claveles, y Vicenta un mantón en caja ó pañuelo.

VICENTA

A dar á todos mi enhorabuena y á llevarnos á María.

SEÑORA DE GONZÁLEZ

Señora Marquesa, reciba usted nuestros plácemes.

SEÑORITA 1.ª

Señor Marqués, nos alegramos infinito.

DON PEDRO

Gracias, mil gracias, señora y señoritas...

VICENTA

(Mostrando el mantón á María.) Para usted traigo éste, que será de su gusto.

MARIA

¡Oh, sí... está muy bien! (Lo desdobla.)

SEÑORITA 2.ª

A ver á ver. (Se lo pone.) ¡Oh, qué bien!

FILOMENA

¡Admirable! (Todos aprueban. Suenan más cerca los cantos y músicas populares.)

DON PEDRO

¡Oh... todo es júbilo!

SEÑORITA 1.ª

(Á María.) Ahora los claveles. (Con ademán de ponérselos. María se sienta.)

MARIA

(Dejándose adornar.) Ponédmelos á vuestro gusto.

BRAVO

(Aparte á Corral, señalándole á María.) ¡Vea usted qué preciosidad!

CORRAL

(Torciendo el rostro.) No la miro; no quiero mirarla. Se me va la vista; me da el vértigo.

(Pasan por el foro animados grupos de mozas del pueblo, con mantón de Manila, tocando panderetas; muchachos con guitarras y bandurrias. Marchan al son de un pasacalle.)

(Para ver la muchedumbre alegre, acuden á las rejas todos menos María, que permanece á la derecha en actitud silenciosa y triste. Don Rafael á ella se aproxima.)

DON RAFAEL

(A María.) Hija mía, veo que no está usted alegre, y aquí vengo yo.

MARÍA

(Consternada.) Lo que á mis buenos padres tanto regocija, á mí me anonada.

DON RAFAEL

Pero usted es un corazón fuerte, y afrontará valerosa las desventuras que la esperan.

MARÍA

(Muy afligida.) ¿Y cree usted que podré...?

DON RAFAEL

Lo veo muy difícil. A los fuertes se debe la verdad. Lo creo imposible.

MARIA

¡Desdicha inmensa si usted me abandona!

DON RAFAEL

Yo no. ¡Creo en Mariucha!

MARIA

Pues prométame hacer lo que yo le diga... Usted me ha dado la mayor prueba de estimación y confianza entregándome, para ayudarme á sostener á la familia, el dinero del Cielo.

DON RAFAEL

Era lo más cristiano.

MARIA

Dígame: ¿pasado mañana habrá también fiesta?

DON RAFAEL

Ya lo creo: será el gran día. Tiene usted que venir con mis sobrinitas á la alborada, y después...

MARIA

Pues pasado mañana...

DON RAFAEL

¿Qué tengo que hacer?

MARIA

Bien poca cosa: no separarse de mí, ir siempre á mi lado. (Permanece meditabunda y llorosa.)

DON RAFAEL

¿Y no es más que eso? Iré con usted, á donde quiera.

DON PEDRO

(Que se aparta de la reja, con los demás, visto ya el paso de la multitud alegre.) Mariucha, ¿pero no has visto...? (La observa llorosa.) Hija mía, ¿lloras?

MARIA

(Secándose las lágrimas.) No, no, papaíto: es que...

DON RAFAEL

Lloraba de gozo.

DON PEDRO

Vamos, ven, y confundamos nuestro gozo con la alegría popular.

FILOMENA

Alegre está todo: el Cielo, la villa, el pueblo.

MARIA

(Rehaciéndose, con potente esfuerzo, hace rápida transición de la tristeza al contento: su pecho se ensancha, sus ojos resplandecen.) Y yo, también. (Con efusión de su alma cogiendo el brazo de don Rafael.) Yo también soy pueblo... porque soy pobre.

DON PEDRO

(Un poco sorprendido de la frase.) ¿Qué, qué?

MARIA

Llevadme á la fiesta, al campo, al sol... al sol, que es la pompa de los humildes.

FIN DEL ACTO TERCERO

ACTO CUARTO

Explanada de la Ermita del Cristo, á la subida del monte.—Al fondo, entre follaje, la ermita. Junto á ella una escalerilla tallada en la roca, que da paso al monte, cuya espesura se extiende en plano ascendente por todo el foro.—A la izquierda, arbustos por entre los cuales se abre un sendero que conduce á la Villa. Esta se supone que está muy cerca, y á un nivel más bajo que la escena.—A la derecha, muro ruinoso con portalada sin puerta. De aquí parte un sendero, que se supone conduce al ferial, al Santuario de las Mieses, á la Estación del ferrocarril y á puntos lejanos de la Villa.—En el centro, un castaño corpulento que cubre con sus ramas toda la escena. Junto al tronco, un banco de mampostería, musgoso. Es de día.

ESCENA PRIMERA

LEON, que entra por la izquierda.

LEON

Ermita del Cristo: es ésta... Arbol corpulento, (Lo señala.) Y yo aquí. (Dudando. Saca con febril presteza una carta.) Lo he leído cien veces, y aún me asaltan dudas. (Lee.) "En la ermi-

ta... al pie del castaño....» Para mayor claridad añade: «entre el hospital de la Misericordia...» allí está la Misericordia (Señala un punto cercano y bajo) «y San Pedro...» aquél es San Pedro. (Lo señala) Tampoco puede haber duda en la fecha. La carta dice: «mañana.» La escribió anoche. Luego mañana es hoy... Bien claro está: aquí dará contestación á la carta que puse en su bendita mano... Aquí, antes de la procesión... Y vendrá con don Rafael... Un murmullo interior me dice que está próxima la ocasión culminante de mi existencia... María... No, no es loca jactancia creer que corresponde al amor mío. Esto se conoce, esto se ve, se siente, se respira... Y ahora... (Gran confusión) aquí al dar á mi carta respuesta verbal, me dirá... (Mayor confusión.) Yo me vuelvo loco... ¿qué es esto? ¿Qué universo nuevo, con nueva luz, se descubre ante mí? (Óyense toques de campana, lejanos.) Ya están en misa mayor. (Corre á la derecha.) Ya vienen. (Vuelve al centro.) No me dice si debo hacerme el encontradizo ó si... ¿Lo dirá la carta?... Ya no hay tiempo. (Mirando.) Ya se acercan... Esperaré y ella misma me indicará... (Se oculta entre los arbustos de la izquierda. Entran María y don Rafael por la derecha.

ESCENA II

LEON, MARIA, DON RAFAEL

MARIA

(En la portalada dándole la mano.) Un pasito más y ya estamos. ¡Ay! no sé cómo pedirle que me perdone la molestia de esta caminata. (Ve á León y con un signo le manda esperar.)

DON RAFAEL

Por ser usted quien es, Mariquita, y por la fe que en su soberana virtud tiene este Cura, voy con usted al fin del mundo... Ea, ¿está contenta de mí?

MARIA

Contenta y agradecida lo que no puede imaginarse. (Le conduce al banco.)

DON RAFAEL

Bueno... Pues recapitulemos. Usted, al manifestarme la grave resolución de no seguir á sus padres á Madrid...

MARIA

(Interrumpiéndole.) Resolución fundada principalmente...

DON RAFAEL

Déjeme concluir... Para fundamentar su propósito de resistencia... alegaba usted, entre otras razones, un sentimiento que...

MARÍA

(Vivamente.) Sentimiento que usted conocía ya...

LEON

(Aparte.) ¡Oh, divina mujer!

DON RAFAEL

Lo conocía, y aconsejé á usted... En fin, admitamos el hecho con toda su fuerza. Ayer dije á usted que para dar su verdadero valor á ese sentimiento, es menester conocerlo de un modo indudable en su re...

MARÍA

(Impaciente, con gran viveza.) Claro, en uno y otro.

DON RAFAEL

(La manda callar y sigue.) ...ciprocidad, en su reciprocidad. Total: que tengo que oir á los dos.

MARIA

Justo.

DON RAFAEL

Pues ya estamos aquí. (Contando.) Usted, uno; yo, dos. ¿Y el tercero?

MARIA

¡Si está aquí!

LEON

(Avanzando, por indicación de María. Se descubre.) Aquí, don Rafael, con toda la verdad que llevo en mi alma.

DON RAFAEL

Pues vea yo esas conciencias... la de usted, que la de Mariucha ya me la sé de memoria.

LEON

(Señalando el árbol gigante.) Y que no es éste mal confesonario, ¿verdad, don Rafael?

DON RAFAEL

¡Mucho!... Arbol secular, ¡cuántas declaraciones de enamorados, cuántos lamentos de tristes, cuántos planes de ilusos y soñadores habrás oído! Oigamos ahora tú y yo,

y Dios con nosotros, la historia de estos pobres corazones, que ciegos corren á una batalla imposible.

MARIA

Por Dios, no sea tan pesimista.

DON RAFAEL

Ea... á nuestro asunto. Señor don León, declare usted. (María se retira á una distancia en que puede escuchar.)

LEON

Declaro...

DON RAFAEL

Cómo tuvo principio ese... esa inclinación...

LEON

Una noche, dos meses há, fuí llamado por María...

DON RAFAEL

Eso ya lo sé... cuando le pidió á usted un socorro para su familia, y usted no pudo dárselo. (Riendo.) ¡Graciosísimo! Ya me lo ha contado ella.

LEON

Aquella noche fué...

DON RAFAEL

Cuando le vendió el vestido á esa fantasiosa... ¡Buen golpe, de maestro!... Adelante.

LEON

Desde aquel punto y ocasión, señor Cura, se encendió en mí un fuego de amor tan vivo...

DON RAFAEL

¡Mucho, mucho!

LEON

María emprendió para el sostenimiento de su familia una serie de trabajos que hacen de ella una grande heroína.

DON RAFAEL

¡Mucho! ¡Si no ha nacido otra que se le iguale! (Risueño, con ingenua admiración.)

LEON

Yo la ayudaba en sus empresas mercantiles.

DON RAFAEL

También lo sé... Adelante.

LEON

Como la ayudó usted dándole el dinerito del Cielo...

DON RAFAEL

Le habría dado el de la tierra si lo hubiera tenido. Le dí el del Cielo porque no tenía otro... Bueno: con que la amó usted...

LEON

La amé por su abnegación, por su piedad filial, por la valentía que desplegaba en aquella lucha... la amé también por su belleza... todo hay que decirlo...

DON RAFAEL

Naturalmente... Si fuera un coco de fea, todo eso de la abnegación y de la valentía habría sido música...

LEON

La amé por su talento incomparable, por esa dignidad, unida á la gracia...

DON RAFAEL

(Moderando el entusiasmo descriptivo de Leon.) Bueno, bueno. Bien á la vista está su mérito...

LEON

Yo bien sé que no la merezco: ella es grande; yo, aunque también de padres ilustres, soy un infeliz hombre, atado á un bajo comercio. A la presente condición humilde he venido por mis errores de otros días, de días muy lejanos, don Rafael. (Con viveza y calor.) Aberraciones de las que ya estoy corregido, radicalmente corregido, bien lo sabe usted. Abierta está mi alma á los ojos de Dios. Los de usted también han entrado en ella...

MARIA

(Sin acercarse.) Créalo, don Rafael, si creo en mí.

DON RAFAEL

Creo... Su enmienda y reforma no son nuevas para mí.

LEON

María conoce mi amor. Yo adivino el suyo. Si ella y Dios me deparan la dicha ine-

fable de llamarla mi esposa, creeré que esto no es la Tierra, sino el Cielo.

DON RAFAEL

Tierra es, y bien dura y triste... valle de lágrimas. (Suspirando.) Bien. Ya puede usted acercarse, María, y decirme... (María se acerca, los ojos bajos) aunque casi no es preciso...

MARIA

(Con modestia.) Le quiero por su inteligencia, por sus desgracias, por el inmenso esfuerzo moral que significa su regeneración, consumada por él mismo, solo con su conciencia. Por esto, y por gratitud, le quiero, y decidida estoy... á... (Vergonzosa, enmudece.)

DON RAFAEL

Acabe, hija... Ya, para lo que falta...

LEON

¡Oh, júbilo inmenso! (Con vivo entusiasmo, abrazando á don Rafael.) Déjeme usted que le abrace...

DON RAFAEL

Apriete, apriete. Ya puede estar orgulloso. (Con pesimismo.) Pero...

MARIA

¿Pero qué...? (Vivamente, atacándole por un lado.) Usted no nos abandona; usted hace suya nuestra causa.

LEON

(Atacándole por el otro lado.) Usted sabe dar á Dios lo divino, lo humano á los hombres.

DON RAFAEL

(Apartándoles.) Sí, sí: sé todo eso... pero sé también que contra ese afecto... todo lo santo y noble que se quiera... se alza un poder tiránico, incontrastable.

MARIA

¿Pero nada significa nuestra voluntad?

LEON

¿Manifestada ante la religión, ante usted?

DON RAFAEL

¡Dios Uno y Trino, que no pueda yo...! Si por la religión se resolviera... pronto os arreglaría yo... (Con ademán de bendecir.) Pero el mundo ha venido á parar á un enredo, á una confusión tal de todas las cosas, por el sin fin de leyes, preocupaciones, prác-

ticas y corruptelas, que vuestra noble aspiración no podrá escapar, no, de la inmensa red... Sucumbiréis, sucumbiremos, hijos míos... Debo deciros todo lo que sé... que es muy grave. (Ambos se aproximan, ansiosos.)

MARIA

Sé que viene mi hermano en la disposición más hostil...

LEON

Los Marqueses sin duda se opondrán...

DON RAFAEL

No creo imposible reducir á los Marqueses... ¡Pero á don Cesáreo, que viene con la cabeza llena de viento y la voluntad inflamada de insolentes resoluciones...! Oidme. Debéis saber toda la verdad, por triste que sea.

LOS DOS

(Con gran ansiedad.) Sí, sí...

DON RAFAEL

¿Sabeis por qué precipita su viaje don Cesáreo?...

MARIA

Llegará hoy.

DON RAFAEL

Viene hoy, porque debió de recibir un largo telegrama en que pérfidamente se le llama para que impida el oprobio de la familia...

MARIA

¡Estúpida maldad!

DON RAFAEL

Se le habla de María enloquecida, fascinada por un...

LEON

Imagino los horrores que dirán de mí.

MARIA

¿Quién puso ese telegrama?

LEON

¿El Marqués?

MARIA

¿La Alcaldesa?

DON RAFAEL

Es cosa del tontaina de Corral, ayudado por Bravito, el juececillo.

MARIA

¡Infames!

DON RAFAEL

Pues con esa requisitoria indecente, y algo que días atrás escribieron otras personas, don Cesáreo, el hoy omnipotente don Cesáreo, viene dispuesto á que su hermana se someta; y para esto no ha de emplear contra ella medios violentos. No la cogerán á usted ni la maniatarán para llevársela á viva fuerza. No harán nada de esto, porque no es preciso.

MARIA

(Con gran ansiedad.) ¿Pues qué harán?

DON RAFAEL

El feudalismo de nuestra edad revuelta no necesita apelar á esos medios.

LEON

Ya sé. Cesáreo está á punto de ser feudal tirano de este país.

DON RAFAEL

Hoy traen los periódicos, con la noticia de la boda, otra que viene á ser la confirmación de ese feudalismo.

LOS DOS

¿Qué?

DON RAFAEL

El Gobierno, deseando recompensar... no sé qué es lo que recompensa, ni el mismo Gobierno lo sabe... concederá á Teodolinda y á Cesáreo el título de (Con énfasis) *Duques de Agramante.*

LEON

Muy lógico: en sus manos está toda la gran propiedad rústica y minera.

DON RAFAEL

Y con la propiedad, la influencia; y con la influencia, los resortes de toda autoridad.

MARIA

De autoridades corrompidas...

DON RAFAEL

Putrefactas, sí; pero que echan la barredera, ¡y ay del que cogen!

MARIA

¿Pero todos...?

DON RAFAEL.

Todos serán instrumentos de Cesáreo... lo son ya, porque la adulación madruga, hija mía; no espera que venga el poder: corre á su encuentro.

MARIA

¿Y todos esos enemigos, jueces, alcaldes, vendrán contra nosotros?

LEON

(Comprendiendo.) No: contra mí solo. Ya veo claro el ardid de guerra. Es en verdad diabólico y terrible...

MARIA

Ya entiendo. León...

LEON

Yo seré el perseguido.

DON RAFAEL

El vilipendiado, el encarcelado tal vez...

(Óyese repique de campanas, lejano, al cual se unen pronto otros sonidos de campanas más próximas, de timbre diferente.)

MARIA

¿Por qué delito?

LEON

Por el viejo: por mis locuras de hace años en Madrid.

DON RAFAEL

Ayer estuvo Bravito en el Juzgado buscando un exhorto que, según él, debió venir hace dos años, y quedó sin cumplimiento.

LEON

No encontrarán exhorto. ¿Mas para qué lo necesitan? Harán lo que quieran.

DON RAFAEL

Asegura Bravo que el Duque de Agramante traerá de Madrid todo el artificio legal bien preparado.

MARIA

Que traiga lo que quiera. (Animosa.) Contra tales armas, levantaremos la verdad inexpugnable.

LEON

Y nuestras voluntades firmísimas: somos de hierro.

MARIA

Somos de bronce. (Con grave acento uno y otro, dando á sus declaraciones gran solemnidad.) Aquí, ante nuestro pastor de almas, hacemos juramento solemne de ser el uno para el otro, por encima de toda tiranía, de todo poder, sea el que fuere. (Se dan las manos. El son de campanas aumenta en intensidad por agregarse notas más cercanas, agudas y graves, que armonizan con las primeras.)

LEON

Nos juramos eterno amor, fidelidad constante...

MARIA

Mutuo auxilio en las tribulaciones. Juramos hacer de nuestras existencias una sola. (Continúa el crescendo de las campanas. Se agregan las notas graves de la iglesia de la Misericordia y de San Pedro, próximas, y la del Cristo, que está en escena.)

LEON

Juramos morir antes que renunciar á nuestra unión santa.

MARIA

Juramos, y así lo declaramos ante Dios y

ante su ministro. (Llega al máximum de intensidad el concierto de campanas. Pausa de recogimiento religioso y solemne. Las voces de María y León espiran entre las vibraciones del metal... El campaneo se va extinguiendo gradualmente por el silencio de las más próximas, sonando las más lejanas, hasta que sólo se oigan las lejanísimas.)

DON RAFAEL

(Quedándose como en éxtasis, orando.) Hijos míos, dijérase que sobre vosotros ha descendido una suprema bendición...

LEON

Ya estamos unidos.

DON RAFAEL

(Asustado.) No, no: todavía no.

LEON

(Con gran entusiasmo y efusión.) En el Cielo ha sonado ese himno...

MARIA

Trae á nuestras almas toda la alegría del Universo.

DON RAFAEL

(Asustadizo.) No, no creáis eso: no os alucinéis. Es la procesión de la Virgen, que pa-

se por la calzada del Refugio... No estáis unidos, ni sé si llegaréis á estarlo en forma. (Con viva emocion.) Hijos míos, el Cielo está con vosotros, la tierra no.

(Aparecen por la derecha Corral y Bravo, observando burlones; prorrumpen en risas.)

ESCENA III

Los mismos; CORRAL, BRAVO.

LEON

¿Quién va?

DON RAFAEL

¿De qué se ríen? ¿Qué buscan aquí?

CORRAL

(Burlón.) Sigan, sigan.

BRAVO

Don Rafael, creímos que estaba usted en la procesión.

CORRAL

Estaba aquí, repicando en el Cristo.

DON RAFAEL

Mis procesiones andan por dentro, y no necesitan repiques.

CORRAL

¡Ja, ja!...

BRAVO

¡Ja, ja! ¿Pero estaba diciéndoles misa?

DON RAFAEL

Misa no: les decía... que sois unos grandes mentecatos.

CORRAL

Gracias... Y este señor nos ha dado el quién vive como un centinela... ¿Es esto castillo, reducto, fortaleza?

BRAVO

Quizás lugar sagrado donde no podemos entrar sin permiso... del señor acólito.

LEON

(Aparte, conteniéndose.) ¡Canalla!

MARIA

(Aparte.) ¡Ralea vil!

CORRAL

Pues entramos para tener el gusto de encontrar á esta señorita...

BRAVO

Y el disgusto de decirle que sus padres, creyéndola perdida en el monte... (Corre hacia la derecha y llama, agitando el pañuelo.)

CORRAL

Andan locos buscándola...

DON RAFAEL

Los perdidos sois vosotros. Ni esta señorita ni nadie se pierde viniendo conmigo.

BRAVO

(Llamando.) ¡Eh!

DON RAFAEL

(Acercándose á Bravo.) ¿Pero á quién llamas, condenado?

BRAVO

Aquí están, aquí.

DON RAFAEL

(Mirando á los que vienen.) Estos no podían faltar: la entrometidísima Vicenta y el Alcaldillo.

MARIA

Ya no me importa... Que vengan.

ESCENA IV

Los mismos; VICENTA; después el ALCALDE

VICENTA

¡Ah! queridísima... ¡Qué susto nos hemos llevado! (Al ver á León se santigua.)

MARIA

¿Pero no venía con usted su marido?

VICENTA

Ha retrocedido para mandar aviso á los señores Marqueses...

LEON

Por lo visto es, además de Alcalde, pregonero.

MARIA

Dejémosle... Pregone todo lo que quiera.

VICENTA

Yo... acelerando el paso, he llegado á tiempo...

MARIA

De salvarme. (Irónica.) Extraviada en el monte, á punto estaba ya de que me comieran los lobos.

VICENTA

Gracias que se extravió usted con el pastor.

DON RAFAEL

Dime, Vicentita: ¿al salir de tu casa, dejaste todo bien arreglado?

VICENTA

Sí, señor.

DON RAFAEL

¿Los nenes bien apañadicos... la ropa de Nicolás corriente de zurcidos y arreglos?

VICENTA

¿Por qué me lo dice?

DON RAFAEL

Porque si tienes quehaceres en tu casa... aquél es tu puesto... Aquí no nos haces ninguña falta.

VICENTA

(Picada.) Don Rafael, yo sé mi obligación en mi casa... y en las ajenas.

ALCALDE

(Por la derecha, presuroso.) Avisados ya los señores, que estaban afligidísimos buscando á su querida hija. (Saluda á María friamente.) Señorita, la compañía de don Rafael pone á salvo el decoro de usted.

LEON

El decoro de esta señorita no há menester de acompañamiento para resplandecer como el sol.

DON RAFAEL

¡Mucho, mucho!

ALCALDE

Nadie le ha dado á usted la palabra.

LEON

Yo la tomo.

ALCALDE

¿Con qué derecho?

LEON

No es derecho: es deber, deber mío...

ALCALDE

¡Qué atrevimiento! (A María.) Por consideración á usted, no le contesto con la dureza que me impone mi autoridad.

BRAVO

(A León, con grosería.) Amigo, ¿se le ha quemado á usted el establecimiento? Porque si no, no entiendo de dónde pueden salir tantos humos.

CORRAL

Pues no es poco orgulloso...

LEON

Sí que lo soy. Alguna razón habrá para ello.

ALCALDE

(Mirando por la derecha.) Ya suben, ya...

MARIA

(Asustada.) Mis padres...

ALCALDE

(Á Vicenta, aparte.) Ve á su encuentro; dí les...

VICENTA

Ya...

ALCALDE

Y para desentendernos de este desagradable asunto, retírate á casa.

VICENTA

Bien. (Vase por la derecha.)

DON RAFAEL

(Al Alcalde.) Quédate tú. Como autoridad, convendría que estuvieras presente. Sabrás que ante mí se han dado promesa recíproca de matrimonio...

ALCALDE

¡Dios nos asista!... Huracán tenemos... No puedo quedarme, don Rafael. Tengo que bajar á la estación.

DON RAFAEL

Verdad que llega el amo.

ALCALDE

Hacia la estación van ya todos los amigos.

CORRAL

Nosotros también.

BRAVO

En marcha. (Salen los tres hablando atropelladamente.)

MARIA

(Viéndoles partir.) ¡Caterva infame! Servidores de la injusticia, de la mentira social, Dios os confunda.

ESCENA V

MARIA, LEON, DON RAFAEL.

DON RAFAEL

(Mirando por la derecha.) Cerca vienen ya. El terrible choque se aproxima.

LEON

Yo les diré...

DON RAFAEL

No, hijo. (A María.) Mi opinión es que nos deje solos.

LEON

¿Debo retirarme?

MARIA

Sí.

LEON

¿Debo esconderme?

MARIA

No, no... afrontemos la lucha con honrada entereza.

LEON

Sin huir el cuerpo, sin volver la cara. Tenemos razón... y basta. (Retírase presuroso por la izquierda.)

ESCENA VI

MARIA, DON RAFAEL, DON PEDRO, FILOMENA.

DON PEDRO

(Consternado, tremulo.) María, Mariucha... nuestro buen amigo el Alcalde nos ha dado conocimiento...

MARIA

¿Os ha dicho...?

FILOMENA

¡Que amas á ese hombre...!

MARIA

¿Pero no os ha dicho mi juramento, el suyo...?

DON PEDRO

Juramentos que nada significan si reconoces tu error...

MARIA

Yo no falto á lo que prometo y juro. Lo que sabéis es resolución tomada y sostenida

por la misma alma que en días aciagos luchó con la miseria...

DON PEDRO

Ya vimos el tesón tuyo de entonces...

MARIA

Pues imaginadlo duplicado, y veréis el de ahora.

DON PEDRO

(Severo.) ¿De modo que te obstinas...?

FILOMENA

Hija, no me hagas olvidar el inmenso cariño que pusimos en tí...

MARIA

Ese cariño siempre lo merezco. El amor que os tengo, ahora también se duplica.

FILOMENA

(Con maternal cariño.) ¡Oh, qué dolor!... ¡Tú, María, separar tu existencia de la nuestra...!

MARIA

Yo sacrificaría mis afectos, mi juventud, mi existencia, cuanto soy y lo poco que val-

go, si viera que con ese sacrificio lograba vuestro bien; pero no es así.

DON RAFAEL

María vivirá siempre para sus padres. Unanse á ella y serán felices.

DON PEDRO

Ella es la que tiene que unirse á nosotros... Hemos determinado partir hoy mismo...

FILOMENA

¡Oh, Dios mío! (Afligidísima.)

MARIA

(Con viva emoción acude á Filomena.) Madre querida, ¿por qué te atormentas? Papaíto, si creíste en mí, ¿por qué no crees ahora?

DON PEDRO

(Besándola.) María, Mariucha, mi encanto, mi alegría... ven...

FILOMENA

(Los tres están un momento abrazados.) Mi cielo, mi gloria... ven... siempre juntos... Serás feliz al lado nuestro... Piensa en tus hermanitos... en Cesáreo.

MARIA

(Con movimiento de horror.) ¡Oh, no! (Se separa de ellos. Recobra súbitamente su entereza.)

DON PEDRO

Ven... Partiremos.

MARIA

(Con acento grave, retirándose más.) Yo. dolorida de esta separación, destrozada el alma... me quedo aquí. Partid vosotros.

DON RAFAEL

No ablandarán este bronce.

MARIA

Queridos padres, habréis de decidiros pronto, porque el caso no admite dilación. Escoged entre estos dos caminos: ó vais con Cesáreo, ó venís conmigo.

DON PEDRO

No podemos someternos á tan horrible dilema.

FILOMENA

Tú con nosotros...

MARIA

(Intentando de nuevo moverles por la ternura.) ¿Pero no estáis contentos de mí? En estos días de Agramante, que empezaron angustiosos y luego se volvieron risueños, apacibles, ¿qué os ha faltado? ¿No teníais cuanto necesitábais, y sobre lo necesario, algo de lo superfluo, más grato por ser muy bien medido?... Pues si esto teníais y esto os ofrezco, ¿por qué preferís ahora correr hacia un mundo de vanidades, donde no seréis más que un reflejo desconsolado de grandezas ajenas?

DON PEDRO

A la sombra de la posición de nuestro hijo, podremos restablecer nuestra posición.

MARIA

A la sombra del poderoso, los nobles empobrecidos se llaman *parásitos*, y yo no quiero para tí este nombre.

DON PEDRO

(Irritado.) ¡María!

FILOMENA

(Severa y orgullosa.) ¡Oh! No pensarías así si no estuvieras trastornada por una pasión absurda... Por la Virgen, señor Cura: ayúdenos á domarla.

DON RAFAEL

En ella veo la razón, en ella la verdad.

FILOMENA

Ese amor es loco, insano, y lo combatiremos como el mayor de los oprobios.

DON PEDRO

(Arrogante.) No lo consentiremos.

FILOMENA

Tú misma, mirando á tu linaje, á nosotros, debes rechazarlo.

MARIA

No, no.

FILOMENA

¿No merecemos que sacrifique su inclinación?

DON RAFAEL

(Con energía.) Más merecedora es ella de que ustedes sacrifiquen su orgullo.

DON PEDRO

No es orgullo, es dignidad, y ésta no puede sacrificarse.

MARIA

(Cortando la disputa.) Padre y madre muy queridos, no nos entendemos. Partid si así lo habéis determinado. No iré con vosotros.

DON PEDRO

(Iracundo.) Esto ya es intolerable.

FILOMENA

(Con gran severidad.) Hemos invocado tu cariño filial; ahora reclamamos tu obediencia.

MARIA

En esto no puedo obedeceros. (Con entonación vigorosa y grande entereza.) Marqués de Alto-Rey, tu hija, tu Mariucha, no comerá jamás el pan de Teodolinda.

DON PEDRO

(Confuso.) ¿Qué dice?

MARÍA

(Con gradual energía.) ¿Habéis olvidado el origen de ese pan, del amasijo de riquezas que lleva sobre sí la que será esposa de vuestro hijo? Yo os lo recordaré. Fué su fundamento la odiosa, la infame esclavitud. El padre de Teodolinda vendía negros, y su primer esposo los compraba... ¿Este comercio os parece más honroso que el mío?... Ved ese caudal aumentado rápidamente con la usura de sangre humana, más inicua que la del dinero... vedlo crecer, crecer luego en montones de oro, y hacerse fabuloso, negociando en medio de las corrupciones coloniales... Ese pan es el que vais á comer. Yo antes moriré que probarlo: me envenenaría el alma. Prefiero el pan amasado en el suelo pobre de mi patria, santificado con mi trabajo (Con fiera energía, apretando los puños), extraído ¡á pulso! con inmensas fatigas de la tierra dura, de la tierra madre en que todos nacimos.

DON PEDRO

(Desconcertado.) No puedo renegar del apoyo que nos trae Cesáreo.

FILOMENA

Mi pobre hija delira.

DON RAFAEL

Tolerancia, Marqués, en nombre de Dios.

DON PEDRO

Obediencia en nombre de mi autoridad.

FILOMENA

Que renuncie á ese amor afrentoso. (Asiente don Pedro.)

MARIA

(Rebelándose.) Afrentoso habéis dicho, y contra eso tengo que protestar con toda la fuerza de mi alma honrada y de mi conciencia pura.

FILOMENA

Si es inútil, María, que pretendas extraviarte. No lo consentiremos.

DON PEDRO

Medios le sobran á Cesáreo para...

MARIA

(Disparándose.) Los medios que empleará mi hermano, vosotros no podréis autorizarlos: son un delito... En otros tiempos, cuando estorbaba una persona, se le daba muerte; en éstos, no más humanos, pero sí más hipócritas, á esa persona que estorba se la mata legalmente, civilmente... y esto, vosotros, nobles de raza, no podéis consentirlo. Si lo consentís...

FILOMENA

No es cosa nuestra. Cesáreo, que vela por la familia, sabe lo que tiene que hacer.

MARIA

Pues si Cesáreo sabe lo que tiene hacer, sabed vosotros...

DON PEDRO Y FILOMENA

(Simultáneamente, con gran ansiedad.) ¿Qué?

MARIA

Que habéis perdido á vuestra hija, que se os ha muerto vuestra hija. (Apártase hacia el fondo.)

DON PEDRO

¡María!

FILOMENA

¡Hija!

MARIA

Dejadme. Soy libre. (Apártase más.)

DON RAFAEL

La ley le concede ya libertad...

MARIA

Y yo la tomo.

FILOMENA

¡Qué sería de tí, pobre criatura, si...!

MARIA

Antes de aprender á libertarme aprendí á vivir por mí misma.

DON PEDRO

(Exaltado.) Pero yo te traigo á la obediencia. Eres mi hija.

MARIA

Ya no soy vuestra. Soy mía, mía. (Sube por la escalerilla del fondo.)

FILOMENA

(Aterrada.) ¡Huye de nosotros!

DON RAFAEL

Y yo con ella. (Sube tras de María.)

ESCENA VII

Los mismos; CESAREO, el ALCALDE, ROLDAN, CORRAL y algunos SEÑORES de Agramante.

CESÁREO

(Por la derecha, presuroso, alarmado por lo que le han referido y por lo que ve al llegar.) ¿Qué...? ¿Qué ocurre...?

DON PEDRO

(Atribulado.) ¡Cesáreo!

FILOMENA

(Idem.) ¡Hijo mío!

DON PEDRO

¡María... huye de nosotros!

FILOMENA

(Señala la figura de María, que en su andar incierto se oculta y reaparece entre el follaje.) Hija adorada... hija loca... ven.

CESÁREO

(Risueño, presuntuoso, confiado en sí mismo.) Estad tranquilos. Yo la someteré.

MARIA

(Desde lo alto.) Soy libre.

CESÁREO

(Imperioso.) ¡María!

DON PEDRO

(Dolorido y cariñoso.) ¡Mariucha!

MARIA

(Subiendo más.) No me llaméis... Desde este instante sólo á Dios tengo por padre. (Huye por el monte. Don Rafael va tras ella. Consternación de los padres. Cesáreo arrogante, confiado en sí mismo.)

FIN DEL ACTO CUARTO

ACTO QUINTO

Almacén de hulla. Local grande, de sólidos muros y techo abovedado.

A la derecha, primer término, un ventanal; á la izquierda un estante con herramientas y otros objetos, pedazos de flejes, tablas, etc. El foro está dividido: á la izquierda, un cuerpo saliente, que es una de las habitaciones particulares de León, con una puerta frente al público, y otra lateral que da al foro, y almacenes. Por la derecha de este foro se va á la calle.

Utensilios propios del comercio de carbón. Banquetas y muebles toscos. Es de día.

ESCENA PRIMERA

El ALCALDE, que entra por el fondo; DON RAFAEL, que sale por la puerta pequeña del fondo.

ALCALDE

(Sorprendido.) ¿Pero estaba usted aquí?

DON RAFAEL

¿Pues dónde querías que estuviese? Mi papel es consolar á los oprimidos, como el tuyo adular á los poderosos.

ALCALDE

No estamos para sermones. Dígame, ¿han vuelto á su casa los señores Marqueses?

DON RAFAEL

Sí.

ALCALDE

¿Y la Marquesita?

DON RAFAEL

En mi casa.

ALCALDE

Dijeronme que avanzó monte arriba largo trecho...

DON RAFAEL

Desolada, quería ser como fiera vagabunda del bosque. Yo no podía seguirla. La reduje al fin... Los padres, en cuanto se enteraron de que estaba en mi casa, corrieron allá. Escena de lágrimas... desmayo de Filomena, pucheros del papá... Pero Mariucha inflexible. Se ha encastillado en su potente voluntad, y cualquiera la rinde.

ALCALDE

¡Contentos están de usted los Marqueses y don Cesáreo!

DON RAFAEL

Ya, ya... Si á todo trance querían someter á María por el terror, y martirizarla en su propia casa ó en un convento, valiéranse de otros de mi oficio, que los hay, vaya si los hay, dispuestos para eso y para mucho más; pero este Cura no es de esa cuerda...

ALCALDE

¡Qué demonio! D. Cesáreo ha de mirar por el decoro de la familia, por el lustre de su nombre.

DON RAFAEL

(Burlón.) ¡Mucho, mucho! Lustre nuevo á cosas viejas, y barnizar con oro y púrpura las grandezas podridas...

ALCALDE

Reconozcamos que la posición que tendrá don Cesáreo dentro de unos días le dará un poder formidable...

DON RAFAEL

¡Malditas posiciones, que son como los castillos roqueros de antaño, de donde sale toda asolación de pueblos, todo el atropello y vejámenes de personas!

ALCALDE

Pero fíjese usted... Si Mariquita se sale con la suya... Lo que yo digo...

DON RAFAEL

(Interrumpiéndole.) Cállate. Todo lo que tú puedas decirme me lo sé de memoria. Es el lenguaje del servilismo, que entre las pisadas de los poderosos cultiva su interés. ¡El decoro de la familia, el nombre! Vale más un cabello de Mariucha que todos los nombres y remoquetes de los innumerables fantasmones que pueblan el mundo.

ALCALDE

(Queriendo explicarse.) Oigame... yo digo que...

DON RAFAEL

(Sin hacerle caso, con calor.) ¡Las posiciones! ¡Que me dé Dios vida para verlas arrasadas, hecha tabla rasa de todo este feudalismo indecente! Ea: abur.

ALCALDE

Aguarde: no sea tan vivo. (Autoritario.) Tengo que advertirle...

DON RAFAEL

¿Ordenes del bajá de tres colas... del Excelentísimo Sr. Duque...?

ALCALDE

Ordenes mías. Primero: no conviene que visite usted á este hombre... Segundo. Puesto que tiene á la fierecilla en su casa, exhórtela, aconséjela con todo el sermoneo que usted sabe emplear cuando quiere, y una vez dueño de ella...

DON RAFAEL

Le echo al cuello una soga, y la traigo al redil paterno.

ALCALDE

Sin soga ó con soga, entendiendo por ésta la autoridad religiosa y moral. Antes de las tres ha de estar la señorita bien catequizada y bien amansada en casa de sus padres, para que puedan tomar todos el tren de las cuatro...

DON RAFAEL

Bien, Nicolás. ¿Lo manda el amo?

ALCALDE

Lo manda el sentido común; lo manda también el señor Obispo, ¡ojo! que es muy amigo de don Cesáreo y...

DON RAFAEL

(Riendo.) Mucho, mucho... ¡ja... ja!... ¿Con que á las tres?

ALCALDE

Lo mas tarde.

DON RAFAEL

Pues la traeré, hijo; traeré á la fierecilla... No te incomodes. La verdad es que tengo yo un miedo fenomenal á mi señor Duque, y al Obispo, y á tí... ¡Mucho, mucho...! (Vase riendo por el fondo.)

ESCENA II

El ALCALDE, ROLDAN, CORRAL, por el fondo.

ROLDAN

Risueño va el curita...

ALCALDE

Déjale, que ya le cortarán la risa... ¿Y don Cesáreo?

CORRAL

Ahora salía del Juzgado.

ALCALDE

¿Y el Juez...?

CORRAL

Enteramente á su devoción.

ROLDAN

Según eso, á este hombre se le puede cantar el responso.

ALCALDE

Yo entiendo que cederá en cuanto vea la que se le viene encima... El mismo será el que desencante á la encantada señorita... Para mí, á eso tira don Cesáreo...

CORRAL

Entiendo que no cede. Está enamoradísimo del ángel. Lo que hará será suicidarse y me alegro.

ALCALDE

¡Hombre...!

CORRAL

Digo que allá me espere muchos años.

ESCENA III

Los mismos; CESAREO, por el fondo.

CESÁREO

(Al Alcalde.) ¿Vió usted á ese maldito Cura; le dijo...?

ALCALDE

Que se arregle como pueda, ya por lo religioso, ya por lo moral, para encadenar á la rebelde...

CESAREO

Muy bien.

ALCALDE

Y traerla á casa de sus padres.

CESAREO

O convencida ó resignada: no hay otro remedio. Y ello ha de ser pronto...

ALCALDE

Sí: para que tengan tiempo de tomar el tren...

CESAREO

Pues adelante... Ea: suélteme usted la fiera. Verán qué pronto la amanso. (A Roldán y Corral.) Señores, despéjenme la cueva...

CORRAL

Aguardaremos fuera... (Vanse Corral y Roldán por el foro. El Alcalde entra en las habitaciones de León y sale en seguida.)

ALCALDE

¿Le dejo á usted solo?

CESAREO

Sí... En cuanto hable usted con el Cura, hágame el favor de pasar á casa de mis padres y advertirles que estén prevenidos... que vendrá María, que partiremos todos...

ALCALDE

Está bien... (Retírase el Alcalde por el foro; aparece Leon.)

ESCENA IV

LEON, CESAREO. (Este se quita los guantes con prestesa y los arroja sobre el banco de cerrajería.)

LEON

(Con fría urbanidad.) Siento que venga usted á este almacén, lugar tan impropio para visitas... Hubiera ido yo á donde se me designara...

CESAREO

Aquí estamos bien, señor... (Vacilando en el tratamiento.) Creo inútil... y tonto... que nos engañemos dando yo á usted un nombre que no es el suyo. De antiguo nos conocemos, Antonio Sanfelices.

LEON

(Con gran tranquilidad, en pie.) Ese es mi nombre. A punto estuvo usted de conocerme aquel día en la sala de Alto-Rey... El polvo de carbón me sirvió de máscara...

CESAREO

Tras el velo negro creí ver el rostro del que fué mi amigo, del que dejó de serlo... no por culpa mía.

LEON

Por mi culpa, es verdad. Muchos amigos dejaron de saludarme. Algunos, pocos, me favorecieron con un trato de pura fórmula.

CESAREO

Yo fuí de esos.

LEON

Nuestro trato había sido hasta entonces muy cordial. Nos tuteábamos.

CESAREO

Cierto.

LEON

Y aun pareció que quería usted distinguirme con una benevolencia de pura fórmula.

CESAREO

Benevolencia que tú... (Vivamente, con transición de la rigidez á la sinceridad.) Perdone usted: siento vivas ganas de tutearle ahora como antes... Me sale de dentro.

LEON

Y á mí.

CESAREO

No porque el tuteo sea más familiar, más íntimo, sino porque es...

LEON

Más rencoroso...

CESAREO

Más expresivo...

LEON

Puede uno desfogar su pecho...

CESAREO

Sí, sí... Pues decía yo que no merecías mi benevolencia.

LEON

Yo creo que sí la merecía.

CESAREO

Hoy, con el mismo sentimiento compasivo miraría yo tu mengua... Pero resulta que no te avienes á llevarla solo, y quieres compartirla con una familia ilustre...

LEON

(Inalterable en su tranquilidad.) No doy ni quito mengua, ni con nadie la comparto, porque no existe.

CESÁREO

¿Que no existe? ¿Quién la ha borrado?

LEON

(Con orgullo y convicción.) Yo la he borrado, yo. (Insistiendo.) Digo que yo la he borrado, y basta. Si la conciencia humana no pudiera ennegrecerse y limpiarse como esta cara mía, que viste tiznada de carbón y ahora ves blanqueada por el agua, no seríamos hombres, seríamos animales.

CESAREO

Retóricas... Eso se dice.

LEON

Y se hace. Puedes creerlo, puedes dudarlo. No tengo interés en convencerte.

CESAREO

Si, en efecto, lavaste tu afrenta, ¿por qué no procuraste que así lo comprendiese tu tío el Marqués de Tarfe, el noble anciano que...?

LEON

Por escrito le dije lo mismo que de palabra te he dicho á tí. Pero no me creyó. Como tú, me dijo: "Retóricas.„

CESAREO

¿Sabes que murió tu tío?

LEON

Lo sé.

CESAREO

¿Sabes que en su testamento no te dejó ni el más pequeño legado?

LEON

Lo sé. No esperaba herencia ni legado. Y

la verdad, no sentí la preterición de mi nombre en el testamento. Me satisface más vivir de lo que he adquirido con mi trabajo. Cada uno tiene su manera de borrar lo que fué, para dar mayor vida y realce... á lo que es.

CESAREO

¿Y de la causa que se te formó no tienes noticia reciente?

LEON

Si no recuerdo mal, me dijo el Marqués al despedirme, que se había sobreseído la causa. Supe que mis compañeros de infortunio fueron absueltos libremente. Por absuelto me tuve también.

CESAREO

Pues no lo estás.

LEON

¿Lo sabes tú?

CESAREO

Antes de venir aquí, quise conocer los antecedentes jurídicos de Antonio Sanfelices. En el Juzgado ví que el expediente no está sobreseído, y que fácilmente se le pone en tramitación.

LEON

¡Pues no te has dado poca tarea! ¡Tanto interés en contra mía! ¿Es por la justicia? (Con severidad.) No: es porque amo á tu hermana.

CESAREO

Por ambas cosas. Por la justicia en el concepto general, por la justicia en mi propia casa. Con una acción sola impongo castigo á quien lo merece, y corto el paso al hombre manchado que pretende entrar en mi familia.

LEON

¡Y con ese fin desentierras mi proceso... y le das impulso en Madrid, y aquí te rodeas de autoridades serviles para consumar tu obra, que quiere ser justicia, escarmiento, preservativo de la familia, y al fin venganza, porque eso viene á ser en realidad!

CESAREO

Justicia, venganza, preservativo, escarmiento, llámalo como quieras, y entrégate; ríndete ante un hecho contra el cual nada podrás

LEON

¿Que no podré?... Bueno. (Se cruza de brazos y le mira, expresando una calma estóica. Pausa. Cesáreo le mira.)

CESAREO

(Con expectación.) ¿Desistes?... ¿Te das por vencido?

LEON

No desisto. Persígueme sin piedad. Cualquiera que sea mi situación, amaré á tu hermana...

CESAREO

(Sin quitar de él los ojos.) Con amor de ensueño nada más.

LEON

Con el amor que siento ahora, el cual no se satisface sino haciéndola mía para siempre.

CESAREO

(Airado.) Te prohibo nombrar á mi hermana.

LEON

¡Si su nombre está siempre en mí, cuando no en mis labios, en mi pensamiento!

¡Prohibirme que piense! Tú á prohibir, yo á pensar, veremos quién gana.

CESAREO

(Enardeciéndose ante la calma de León.) Esa estudiada calma, esa serenidad burlona no es más que la expresión de un cinismo repugnante que merece castigo, y me veré obligado á dártelo.

LEON

(Imperturbable.) Muy bien. Pues ese castigo de mis maldades caiga sobre mí. Impónmelo pronto, tú... con tu propia mano. No te importe estar en mi casa.

CESAREO

(Despreciativo.) Yo no: la ley.

LEON

¡Ah! es verdad: ya no me acordaba. Tú, creyéndome deshonrado, no puedes medir conmigo tus armas de caballero... ¿Y para qué habías de exponer tu vida, si ahí tienes la ley, auxiliar cómodo y barato, y puedes aniquilarme con tu poder feudal sin ningún riesgo? Yo, que nada puedo, sucumbiré, y tú quedarás triunfante, con la satisfacción de haberte librado de un enemigo sin de-

rramar ni una gota de sangre, sin un rasguño, sin la menor molestia...

CESAREO

¿Qué quieres decir? ¿Que temo batirme contigo?

LEON

En otras circunstancias no lo temerías. Hoy, ¿para qué habías de temer lo que no necesitas?... Pues ni con el duelo, si el duelo fuera posible, ni con echarme á los lobos de la Curia, conseguirás que yo desista. No sabes, no podrás saber nunca, Cesáreo, á dónde llega mi resistencia. El día en que creíste reconocerme, tu hermana dijo: "No es aquél, Cesáreo; es otro.„ Gran verdad salió de aquel divino labio. No soy aquél: soy otro.

CESAREO

Palabrería, orgullo, afectación. (Contiene su ira; trata de dominar á León en otra forma, sugiriéndole ideas de amargura y desesperación.) Si la ley te coge en su garra y no te suelta, que no te soltará, caerás en grande abatimiento... perderás tu negocio... no volverás á ver á mi hermana, ni oirás siquiera su nombre. Ninguna ilusión te consolará, y el amor mis-

mo se te ha de convertir en un vacío angustioso, que te inspirará el horror de la vida. Tus días serán solitarios, tus noches serán lúgubres. No te quedará más consuelo que el sueño, el eterno olvidar, el eterno dormir.

LEON

(Calmoso, risueño.) Ya veo tu idea. Y es ingeniosa, Cesáreo... Claro, no me queda más que una solución: el suicidio.

CESAREO

No es solución: es fatalidad.

LEON

¡Ah, Cesáreo, qué mal me conoces! He padecido tanto, tanto; he llevado la carga de la vida en condiciones tales, que el vivir era para mí lo mismo que llevar á cuestas un cadáver... Pues aunque llegue á ser mi vida más abrumadora de lo que fué, aunque sobre ella pongas los desconsuelos más negros y las tribulaciones más horribles, subiré con ella á todos los calvarios. No, Cesáreo: yo... no me mato. (Se sienta impávido.)

CESAREO

(Aparte, confuso, paseándose.) ¡Duro como una peña!

LEON

Si contabas con mi suicidio, desecha esa esperanza... Busca otra.

CESAREO

(Fogoso, con arranque de sinceridad.) ¿Cuál? ¿Por qué camino desaparecerás y se perderá de vista tu existencia...?

LEON

Por ninguno. Todo lo soporto: deshonra, miseria, cárcel. De todas esas muertes resucito.

CESAREO

María te olvidará.

LEON

María no olvidará á su maestro.

CESAREO

Se avergonzará de haber querido á un criminal.

LEON

Nunca. María cree en mí,

CESAREO

Dejarás de verla.

LEON

Esperaré.

CESAREO

A tí y á ella, por medios distintos, quitaremos toda esperanza.

LEON

¡Abolir la esperanza! ¡Pues de Dios se dice que no quita la esperanza, y la vas á quitar tú!

CESAREO

(Exasperado gradualmente, su ira va creciendo hasta llegar al paroxismo.) Yo no consiento, no puedo tolerar, no quiero, no quiero que entres en mi familia.

LEON

No tengo interés... Con tal que tu hermana entre en la mía...

CESAREO

(Cegándose más.) Infame, soy caballero y castigaré tu insolencia.

LEON

Yo soy estóico, y no temo ningún castigo.

CESAREO

Cínico: pues no te rindes, expiarás los delitos que cometiste y quedaron impunes.

LEON

Está bien; es justo. Pero ni por ese medio, ni por el duelo, que como caballero no puedes aceptar, ni por el suicidio, que yo rechazo, te librarás de mí. No te queda más recurso que el asesinato... Asesíname, si te atreves. (Sin perder su serenidad, se levanta.)

CESAREO

(Frenético, disparado ya y con rabia impulsiva.) ¡Pues sí: me atrevo... el asesinato... el crimen! (Ciego, se precipita hacia el banco de cerrajería que está tras él, y palpando busca un arma.) ¡Te mato... villano!... ¡Muerte!...

LEON

(Acercándose.) ¿Buscas un arma? (Señalando al estante, en el cual, entre variedad de herramientas, hay cuchillos, limas y hacha.) Ahí tienes. Escoge lo que te parezca mejor. Yo estoy desarmado.

CESAREO

(Exaltado, buscando.) Esto... (Coge una lima y la suelta con repugnancia.) No: esto no. (Coge un hacha.) Esto... tampoco. (Lo arroja con desdén.)

LEON

¿Ves? No puedes. Tu naturaleza rechaza la brutalidad... Y hay en mí una fuerza ante la cual tu orgullo acaba por rendirse.

CESAREO

Sí.. tu cinismo.

LEON

No: mi razón... la razón que me asiste.

CESAREO

(Pasándose la mano por los ojos.) No sé qué es esto. (Cae desalentado en un banco, por la brusca sedación que sigue al desmedido esfuerzo.) No es cobardía; no me creerás cobarde. (Se lleva la mano al rostro. Aparecen por el fondo don Rafael, María, y tras ellos tres personas (que no hablan), Cirila, otra criada, el sacristán de la parroquia sin sotana, que trae un saco de damasco rojo con ropas eclesiásticas y varios objetos de culto envueltos en telas, crucifijo, candeleros, libro de ritual. Entran sin ser vistos en las habitaciones particulares de León por la puerta lateral del foro. María permanece en escena.)

LEON

(Acercándose á Cesáreo.) Sí lo eres. Valiente serías para matarme. Te falta valor para reconocer que eres injusto. (Acércase María lentamente.)

ESCENA V

LEON, CESAREO, MARIA, DON RAFAEL, después el ALCALDE.

CESAREO

(Fija la vista en el suelo, fatigado.) Soy justiciero.

MARIA

No puede ser justiciero el que antes no sabe ser justo.

CESAREO

(Aterrado por la voz y la presencia de María.) ¡María!

MARIA

(Serena y grave.) Hermano querido: ni las acciones violentas ni las voces airadas valen conmigo. Con pocas palabras pondré yo fin á esta lucha, y haré que prevalezca sobre tu justicia egoísta y menguada, la verdadera justicia. ¿Decides matarle? Pues también á mí.

CESAREO

(Vacilante, turbado.) Matar... matar no.

MARIA

¿Decides el tormento curial, legal, ó como quieras llamarlo? Pues aquí estoy para compartirlo. (Aparece el cura por la puerta del foro.)

ALCALDE

(Entrando presuroso por el fondo.) Señor don Cesáreo, el maldito Cura pretende ganarnos la partida.

CESAREO

(Alarmado.) ¿Qué hay?

LEON

(Que ha hablado con don Rafael.) Nada, que cuando la razón quiere vencer, emplea los medios más sencillos. Como es inquebrantable resolución de María compartir mi suerte...

DON RAFAEL

(Vivamente, adelantándose.) Y como no es decoroso que, al partir hoy los señores Marqueses, permanezca en Agramante su hija... soltera...

CESAREO

Yo he determinado que parta con nosotros.

DON RAFAEL

Espérese un poco... yo he determinado casarla.

CESAREO

¡Oh burla villana, desprecio de mi nombre, de mi familia!

ALCALDE

(Furioso.) Esto no puede ser. Yo mando que...

DON RAFAEL

Y yo desobedezco... No te canses en mandar cosa alguna. Aquí, señor Duque, aquí mismo les caso.

CESAREO

¡Pero se atreve...!

DON RAFAEL

¡Que si me atrevo! Van á verlo. (Dirígese á la habitación del fondo; abre la puerta. Se ve que están improvisando una capilla. En la mesa del fondo han puesto ya un paño de altar y el Santo Cristo. Continúan preparando y adornando el altar.)

ALCALDE

¿Qué hacen ahí?

DON RAFAEL

Todo está bien dispuesto, y no faltará ningún requisito.

CESAREO

(Airado.) ¿Pero no sabe usted que incurre en responsabilidad?

DON RAFAEL

Firme en mi conciencia, yo afronto esa responsabilidad.

ALCALDE

Se le formará proceso...

CESAREO

Le sentaremos la mano.

DON RAFAEL

Yo siento el pie sobre la cabeza del feudalismo... Cierto que no podré aplastarla; pero, por de pronto, hago rabiar al poderoso y le trastorno sus planes inicuos.

ALCALDE

Se incoará el expediente.

DON RAFAEL

Ello será inútil... y tonto, porque yo caso á estos jóvenes, y á ver, caballeros, quién es el guapo que los descasa.

MARIA

Hermano mío, si la crueldad y el odio prevalecen en tí, aquí nos tienes: somos dos almas para el sufrimiento.

CESAREO

El odio no existe. Otro sentimiento me mueve ya. (Volviéndose hacia el Alcalde.) Mi hermana ha muerto... Muerta la lloraremos... Vámonos.

DON RAFAEL

En nombre de Cristo, yo le incito á usted á la concordia, á la mansedumbre, al amor. (Pausa.)

CESAREO

(Vacilando, se pasa la mano por los ojos.) Quisiera... (Después de breve lucha interior.) No... imposible... imposible. (Para sí, consternado.) ¡Muerta Mariucha!... No puedo... no quiero verla... (Sale precipitadamente; tras él el Alcalde.)

ESCENA ÚLTIMA

MARIA, LEON, DON RAFAEL.

DON RAFAEL

(Suspirando.) ¡Cómo ha de ser! (Dirígese á la habitación del fondo; se quita la esclavina.) ¿Está todo pronto? (Se ve que han puesto los candeleros. Encienden las velas. Cirila pone sobre el altar búcaros con flores. Don Rafael les da prisa; sacan las ropas, capa, estola, y las colocan sobre un sillón.)

MARIA

(Afligida.) ¡Me lloran muerta!

LEON

(Estrechándole las manos.) Los muertos son ellos, vida mía.

MARIA

(Con efusión.) Yo vivo, sí; yo estoy viva. Vivo en mi conciencia, vivo en mis deberes, en las obligaciones de mi casa, de nuestra casa. Yo estoy viva. En mí rebosa la salud, estalla la alegría, y enciende el alma todas sus luces: la fe, la esperanza, el amor. Yo estoy viva. (Fijándose en el ventanal, ve que pasan

sus padres por el exterior.) ¡Ah, León... míralos... mis padres...!

LEON

Sí... Van hacia la estación.

MARIA

(Acercándose.) Véalos yo un instante. ¡Pobres padres míos! Van tristes, agobiados...

LEON

Como si asistieran á su propio entierro.

MARIA

(Con viva compasión.) Ya se alejan... Cesáreo se une á ellos... les habla... les dice que he muerto. Mira, mira... lloran... ¡Pobrecitos de mi alma!

LEON

Lloran; pero siguen... Se van... Por vanas pompas abandonan los afectos más puros...

MARIA

Aceleran el paso... Ya no les veo...

LEON

(Enlazándola por la cintura, la retira del ventanal.) Son la generación que fué, que ya vivió y pasa.

MARIA

¡Qué tristeza despedir á los que se van para siempre!

LEON

Consolémonos pensando en la eficacia de nuestro destino. Si una generación nos vuelve la espalda y desaparece, abramos nuestros brazos esperando á la que ha de venir.

MARIA

Delante de nosotros hay mucha vida, afanes, alegrías...

LEON

El cuidado inmenso de las vidas presentes... de las vidas futuras... (Aparece don Rafael en la puerta del foro, dispuesto á revestirse; tras él, el sacristán le ofrece la capa pluvial; el monaguillo le alarga la estola.)

DON RAFAEL

(Les llama con cariñosa jovialidad.) ¡Juventud... aquí! (María y León, lanzando una exclamación de júbilo, corren hacia él.)

FIN DE LA COMEDIA

LS
P4237ma

243206

Author Pérez Galdós, Benito

Title Marucha.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU